

El Ecumen

Ursula K. Le Guin

Rocannon's *World* (1966)
(El mundo de *Rocannon*, Ed. Bruguera)
Planet of Exile (1966)
(Planeta de exilio, Ed. Martínez Roca)
City of Illusions (1967)
(La ciudad de las ilusiones, EDHASA)
The Left Hand of Darkness (1969)
(La mano izquierda de la oscuridad, Ed. Minotauro)
The Dispossessed (1974)
(Los desposeídos, Ed. Minotauro)
The Word for World is Forest (1976)
(El nombre del mundo es bosque, Ed. Minotauro)
Four Ways to Forgiveness (1995)
(Cuatro caminos hacia el perdón, Ed. Minotauro)

La mayor parte de mi ciencia-ficción tiene lugar dentro de un marco histórico futuro. Puesto que se desarrolló a la ventura a lo largo de los diversos libros y relatos, contiene algunas inconsistencias espectaculares, pero el plan general es éste: La gente de un mundo llamado Hain colonizó todo el Brazo Orión de la galaxia hace más de un millón de años. Todas las especies homínidas encontradas hasta ahora son descendientes de los colonos hainish (a menudo modificados genéticamente para encajar con el planeta colonia o por otras razones).

Tras esta Expansión, los hainish se retiraron a Hain durante cientos milenios, dejando a su lejana descendencia que se las arreglara por sí misma.

Cuando la gente de la Tierra empezó a explorar el espacio cercano, utilizando naves Casi Tan Rápidas Como la Luz y el comunicador instantáneo llamado el ansible, se toparon con los hainish, que partían de nuevo en busca de sus parientes perdidos. Se formó una Liga de Mundos (ver las novelas *El mundo de Rocannon*, *Planeta de exilio* y *la ciudad de las ilusiones*). Esta Liga se expandió y maduró a una asociación igualitaria de mundos y gente llamada el Ecumen, administrada desde Hain por gente llamada los estables, mientras los móviles partían a explorar mundos desconocidos, descubrir nuevas especies y servir como enviados y embajadores de los mundos miembros.

Las novelas "ecuménicas" son: *La mano izquierda de la oscuridad*, *El nombre del mundo es bosque* y *Los desposeídos*. La mayoría de las historias de ciencia-ficción en las colecciones *The Wind's Twelve Quarters* (*Las doce moradas del viento*, EDHASA) y *The Compass Rose* (*La rosa de los vientos*, EDHASA), las tres últimas historias de *A Fisherman of the Inland Sea*, y todas las de *Cuatro caminos hacia el perdón* se hallan situadas en el Ecumen.

Este último libro presentaba los planetas Werel y Yeowe. En Werel, hace tres mil quinientos años, un pueblo agresivo de piel negra dominó las más pálidas razas septentrionales e instituyó una sociedad y una economía basadas en la esclavitud, con castas establecidas según el color de la piel. El primer contacto con el Ecumen asustó a los xenofóbicos werelianos y les hizo desarrollar rápidamente armas y naves especiales, e incidentalmente colonizar Yeowe, el siguiente planeta en dirección a su sol, que explotaron con un intenso trabajo esclavo. Poco después de que Werel admitiera finalmente diplomáticos del Ecumen, se produjo un gran levantamiento de esclavos en Yeowe. Tras treinta años de guerra, Yeowe obtuvo su libertad de la nación dominante de Werel, Voe Deo. La sociedad voe deana se vio desestabilizada por la liberación yeowana, así como por las nuevas perspectivas ofrecidas por el Ecumen. Al cabo de pocos años, un amplio levantamiento de esclavos en Voe Deo enfrentó a "propietarios" contra "posesiones" en una guerra civil a plena escala. Esta historia tiene lugar bien entrada esa guerra.

—Ursula K. Le Guin

Vieja música y las mujeres esclavas

Ursula K. Le Guin

El oficial jefe de Inteligencia de la Embajada Ecuménica en Werel, un hombre que en su mundo natal tenía el nombre de Sohikelwenyanmurkeres Estdan, y que en Voe Deo era conocido por un apodo, Estdardon Aya o Vieja Música, estaba aburrido. Se había necesitado una guerra civil y tres años para aburrirle, pero había llegado al punto donde se refería a sí mismo en los informes ansibles a los estables de Hain como el oficial jefe de estupidez de la Embajada.

Sin embargo, había conseguido mantener algunos enlaces clandestinos con amigos en la Ciudad Libre incluso después de que el Gobierno Legítimo sellara la embajada, no permitiendo el acceso a nadie y no dejando entrar ni salir ninguna información. En el tercer verano de la guerra, acudió al embajador con una petición. A falta de una comunicación fiable con la Embajada, el Mando de Liberación le había preguntado (¿cómo?, quiso saber el embajador; a través de uno de los hombres que les proporcionaba los suministros, explicó) si la embajada permitiría a uno o dos de sus miembros que se deslizaran a través de las líneas y hablaran con ellos, fueran vistos con ellos, a fin de ofrecer pruebas de que pese a la propaganda y a la desinformación, y aunque la embajada estaba en la ciudad de Jit, su personal no había optado por apoyar a los legítimos sino que permanecía neutral y dispuesto a tratar con cualquier autoridad legítima de cualquier lado.

-¿La ciudad de Jit? -dijo el embajador-. No importa. Pero, ¿cómo irás allí?

-Siempre el problema con Utopía-dijo Estdan-. Bueno, puedo pasar con lentes de contacto, si nadie mira de cerca. Cruzar la Divisoria es el problema.

La mayor parte de la gran ciudad todavía estaba físicamente allí, los edificios del gobierno, fábricas y almacenes, la universidad, las atracciones turísticas: el Gran Templo de Tual, la Calle del Teatro, el Mercado Viejo con sus interesantes salas de exposición y la soberbia Sala de Subastas, en desuso desde que la venta y alquiler de bienes había sido trasladada al mercado electrónico; las innumerables calles, avenidas y bulevares, los polvorientos parques sombreados por los árboles beya de flores púrpuras, los kilómetros y kilómetros de tiendas, cobertizos, molinos, senderos, estaciones, edificios de apartamentos, casas, recintos, los barrios, los suburbios, las zonas residenciales. La mayoría de ello aún estaba en pie, con sus quince millones de personas aún allí, pero su profunda complejidad había desaparecido. Las conexiones se hablan roto. Ya no se producían interacciones. Un cerebro tras una aoplejía.

La brecha más grande era algo brutal, un golpe de hacha directo a través de la cisura, una tierra de nadie de un kilómetro de ancho de edificios derruidos y calles bloqueadas, cascotes y restos. Al este de la Divisoria era terreno Legítimo: el centro de la ciudad, las oficinas gubernamentales, embajadas, bancos, torres de comunicación, la universidad, los grandes parques y los barrios ricos, las carreteras a los depósitos de armas, acuartelamientos, aeropuertos y espaciopuerto. Al oeste de la Divisoria estaba Ciudad Libre, Polvoville, territorio de Liberación: fábricas, complejos sindicales, los barrios obreros, los viejos barrios residenciales degradados, interminables kilómetros de pequeñas calles que desembocaban finalmente en las llanuras. Cruzándolos ambos corría la gran autopista este-oeste, vacía.

La gente de Liberación lo sacó con éxito de la embajada y casi a través de la Divisoria. Él y ellos tenían mucha práctica de los viejos días pasando de contrabando artículos a Yeowe y la libertad. Consideró interesante que él fuera ahora el artículo contrabandeado y no uno de los contrabandistas, y descubrió que era mucho más atemorizador pero mucho menos opresivo, puesto que él no era responsable de nada, era el paquete, no el que lo llevaba. Pero en alguna parte en la conexión había habido un eslabón malo.

Entraron a pie en la Divisoria, y a medio camino de cruzarla se detuvieron junto a una pequeña reüna de camión posado sobre sus llantas bajo una casa de apartamentos desventrada. Había un conductor sentado al volante detrás del cuarteado parabrisas, y le

sonrió. Su guía le hizo señas de que subiera a la parte de atrás. El camión se puso en marcha como un gato en plena caza, siguiendo una ruta enloquecida, zigzagueando por entre las ruinas. Ya casi habían llegado al otro lado de la Divisoria, abriéndose camino por entre un montón de cascotes que en su tiempo debía de haber sido una calle o una plaza, cuando el camión giró bruscamente, se detuvo, hubo gritos, disparos, abrieron la parte de atrás y varios hombres saltaron dentro.

-Tranquilos —dijo—, sin violencia -porque lo estaban empujando rudamente, sacándolo del camión, retorciéndole los brazos a la espalda. Le quitaron la chaqueta y palmearon todo su cuerpo en busca de armas ocultas, lo arrastraron a un coche que aguardaba al lado del camión. Intentó ver si el conductor del camión estaba muerto pero no pudo mirar antes de que le metieran en el coche.

Era una vieja limusina del gobierno, color rojo oscuro, ancha y larga, hecha para desfiles, para llevar grandes personalidades al Consejo y traer a los embajadores del espaciopuerto. Su sección principal podía ser dividida con una cortina para separar a los pasajeros masculinos de los femeninos, y el compartimento del conductor estaba sellado de modo que los pasajeros no tuvieran que respirar el aire que exhalaba un esclavo.

Uno de los hombres había mantenido su brazo retorcido a su espalda hasta meterlo de cabeza en el coche, y todo lo que pensó, cuando se halló sentado entre dos hombres y frente a otros tres y el coche se puso en marcha, fue: me estoy haciendo demasiado viejo para esto.

Se mantuvo inmóvil, dejando que disminuyeran su miedo y su dolor, todavía no preparado para moverse ni siquiera para frotarse su dolorido hombro, sin mirar demasiado obviamente los rostros que le rodeaban o las calles. Dos miradas de soslayo le dijeron que estaban pasando la calle Rei, iban hacia el este, fuera de la ciudad. Se dio cuenta entonces de que había estado esperando que lo llevaran de vuelta a la embajada. Qué estúpido.

Tenían las calles sólo para ellos, excepto las sorprendidas miradas de la gente de a pie cuando pasaban rápidamente por su lado. Ahora estaban en un amplio bulevar, yendo muy aprisa, siempre hacia el este. Aunque estaba en muy mala situación, no pudo evitar el sentirse absolutamente regocijado por estar simplemente fuera de la embajada, al aire libre en el mundo, y moviéndose aprisa.

Alzó cautelosamente la mano y se masajeó el hombro. Con la misma cautela miró a los hombres que tenía a su lado y enfrente. Todos eran de piel oscura, dos negroazulados. Dos de los hombres que tenía enfrente eran jóvenes. Rostros limpios e impasibles. El tercero era un veot de tercer rango, un oga. Su rostro tenía la tranquila inexpresividad para la que eran entrenados los de su casta. Mirándole, Esdan captó sus ojos. Ambos desviaron la vista al instante.

A Esdan le gustaban los veots. Los veía -soldados además de dueños de esclavos— como parte del viejo Voe Deo, miembros de una especie condenada. Hombres de negocios y burócratas sobrevivirían y medrarían en la Liberación y sin duda hallarían soldados para que lucharan por ellos, pero la casta militar no. Su código de lealtad, honor y austeridad era demasiado parecido al de sus esclavos, con los que compartían la adoración de Kamye, el Espadachín, el Fiador. ¿Durante cuánto tiempo sobreviviría ese misticismo del sufrimiento a la Liberación? Los veots eran intransigentes vestigios de un orden intolerable. Confiaba en ellos, y raras veces se había sentido decepcionado en su confianza.

El oga era muy negro, muy apuesto, como Teyeo, un veot al que Esdan apreciaba particularmente. Había abandonado Werel mucho antes de la guerra, hacia la Tierra y Hain con su esposa, que sería un móvil del Ecumen uno de esos días. Dentro de unos pocos siglos. Mucho después de que hubiera terminado la guerra, mucho después de que Esdan estuviera muerto. A menos que decidiera seguirles, regresar, volver a casa.

Pensamientos ociosos. Durante una revolución no puedes elegir. Eres arrastrado, una burbuja en una catarata, una chispa en una fogata, un hombre desarmado en un coche con siete hombres armados recorriendo muy aprisa la ancha y vacía Autopista Arterial Este... Estaban abandonando la ciudad. En dirección a las Provincias del Este. El Gobierno Legítimo de Voe Deo se veía ahora reducido a la mitad de la capital y dos provincias, en donde siete de cada ocho personas eran lo que la octava persona, su propietario, llamaba bienes.

Los dos hombres en el compartimento delantero estaban hablando, aunque no podían ser oídos en el compartimento del propietario. Ahora el hombre con cabeza de bala a la derecha de Esdan hizo una pregunta murmurada al oga frente a él, que asintió.

-Oga -dijo Esdan.

Los inexpresivos ojos del veot se posaron en él. -Necesito orinar.

El hombre no dijo nada y desvió la vista. Ninguno de ellos dijo nada durante un cierto tiempo. Estaban en un mal tramo de la autopista, desgarrado por la lucha durante el primer verano del levantamiento o simplemente no mantenido desde entonces. Los botes y sacudidas eran duros en la vejiga de Esdan.

-Dejemos que el jodido ojos blancos se mee encima -dijo uno de los dos hombres jóvenes frente a él al otro, que sonrió tensamente.

Esdan consideró posibles respuestas, divertidas, irónicas, no ofensivas, no provocativas, y mantuvo la boca cerrada. Aquellos dos sólo deseaban una excusa. Cerró los ojos e intentó relajarse, ser consciente del dolor en su hombro, del dolor en su vejiga, simplemente consciente.

El hombre a su izquierda, al que no podía ver claramente, dijo:

-Conductor. Para aquí.

Usó un interfono. El conductor asintió. El coche redujo la marcha y se salió al arcén, botando horriblemente. Salieron todos del vehículo. Esdan vio que el hombre de su izquierda era también un veot, de segundo rango, un zadyo. Uno de los hombres jóvenes sujetó a Esdan por el brazo cuando salieron, otro clavó una pistola en su hígado. Los otros se quedaron de pie en el polvoriento arcén y orinaron variadamente sobre el polvo, la grava, las raíces de una hilera de raquíuticos árboles. Esdan consiguió abrirse la cremallera pero sus piernas estaban tan agarrotadas y temblorosas que apenas podía mantenerse en pie, y el hombre joven con la pistola había dado un rodeo y ahora estaba de pie ante él con la pistola apuntando directamente a su pene. Había un nudo de dolor en alguna parte entre su vejiga y su pene.

-Apártate un poco -dijo con quejumbrosa irritabilidad-. No quiero mojar los zapatos.

En vez de ello el hombre joven dio un paso hacia delante, apuntando directamente su pistola a las ingles de Esdan.

El zadyo hizo un ligero gesto. El hombre joven retrocedió un paso. Esdan se estremeció, y la orina brotó como una fuente. Se sintió satisfecho, incluso en la agonía del alivio, de ver que había obligado al otro a retroceder otros dos pasos.

-Parece casi humano -dijo el hombre joven.

Esdan se metió con discreta prontitud su pardo miembro alienígena y cerró la cremallera. Todavía llevaba lentes que ocultaban los blancos de sus ojos, e iba vestido como un hombre de alquiler con ropa holgada y burda de color amarillo mate, el único color que estaba permitido a los esclavos urbanos. La bandera de la Liberación era del mismo amarillo mate. El color equivocado aquí. El cuerpo dentro de la ropa era también del color equivocado.

Tras vivir treinta y tres años en Werel, Esdan estaba acostumbrado a ser temido y odiado, pero nunca antes había estado enteramente a merced de quienes le temían y odiaban. La égida del Ecumen lo había protegido. Qué estúpido, abandonar la embajada, donde al menos estaría libre de todo daño, y dejarse ser atrapado por esos desesperados defensores de una causa perdida, que podían causarle una gran cantidad de daño. ¿Cuánto era capaz de resistir? Afortunadamente no podrían arrancarle a través de la tortura ninguna información sobre los planes de la Liberación, puesto que no sabía una maldita cosa de lo que estaban haciendo sus amigos. Pero pese a todo, qué estúpido.

De vuelta al coche, estrujado en el asiento y sin nada que ver excepto el ceño fruncido del hombre joven y la atenta inexpressividad del oga, cerró de nuevo los ojos. La autopista era más lisa aquí. Acunado por la velocidad y el silencio, se deslizó a una somnolencia postadrenalina.

Cuando se despertó de nuevo por completo el cielo era dorado y dos de las pequeñas lunas resplandecían encima de un ocaso sin nubes. Botaban por una carretera secundaria, un camino privado que serpenteaba junto a campos, huertos, plantaciones de árboles y caña de construcción, un enorme recinto para trabajadores, más campos, otro recinto. Se detuvieron en un puesto de control vigilado por un solo hombre armado, donde tras una breve comprobación se les indicó que podían seguir. La carretera penetró en un inmenso, abierto, ondulado parque. Su familiaridad le turbó. Una filigrana de árboles contra el cielo, el serpentear del camino entre bosquecillos y claros. Conocía el río que había detrás de aquella larga colina.

-Esto es Yaramera -dijo en voz alta.

Ninguno de los hombres respondió.

Hacía años, hacía décadas, cuando llevaba sólo un año o así en Werel, lo habían invitado como miembro de la embajada a una fiesta en Yaramera, la mayor propiedad en

Voe Deo. La Joya del Este. El modelo de esclavitud eficiente. Miles de bienes trabajando en los campos, molinos, fábricas de la finca, viviendo en enormes recintos, ciudades amuralladas. Todo limpio, ordenado, industrioso, pacífico. Y la casa en la colina encima del río, un palacio, trescientas habitaciones, un mobiliario invaluable, pinturas, esculturas, instrumentos musicales..., recordaba una sala de conciertos privada con paredes de mosaico de cristal incrustado en oro, una estancia-templo tualita que era una enorme flor tallada en madera aromática.

Ahora se dirigían hacia aquella casa. El coche giró. Captó tan sólo un destello, una silueta recortada contra el cielo.

Los dos hombres jóvenes lo sujetaron de nuevo, lo sacaron del coche, retorcieron su brazo, lo empujaron y le hicieron subir la escalera. Intentando no resistirse, no sentir lo que le estaban haciendo, miró intensamente a su alrededor. El ala centro y sur de la inmensa casa estaban en ruinas, carecían de techo. A través de la negra silueta de una ventana brillaba el amarillo claro del cielo. Incluso allí en el corazón de la Ley se habían rebelado los esclavos. Hacía tres años ahora, en aquel primer terrible verano en el que habían ardido miles de casas, recintos, pueblos, ciudades. Cuatro millones de muertos. No sabía que el Levantamiento hubiera llegado incluso a Yaramera. No llegaban noticias río arriba. ¿Cuál había sido el precio entre los esclavos de la Joya aquella noche de incendios? ¿Habían sido asesinados los propietarios, o habían sobrevivido para enfrentarse a su castigo? No llegaban noticias río arriba.

Todo esto pasó por su mente con una rapidez y una claridad innaturales mientras lo arrastraban subiendo los bajos escalones hacia el ala norte de la casa, custodiado con pistolas desenfundadas como si temieran que un hombre de sesenta y dos años con severos calambres en las piernas por permanecer sentado inmóvil durante horas iba a librarse de ellos y echar a correr, allí, a trescientos kilómetros dentro de su propio territorio. Pensó rápidamente y lo observó todo.

Esta parte de la casa, unida a la casa central por una larga arcada, no había ardido. Las paredes todavía sostenían el techo, pero vio cuando entraron en el salón delantero que eran de piedra desnuda, y que su panelado interior había ardido. Unas sucias planchas reemplazaban el parqué o cubrían las baldosas pintadas. No había ningún mueble. En medio de su polvorienta ruina, el salón de alto techo era hermoso, desnudo, lleno con la clara luz del atardecer. Los dos veots habían abandonado su grupo y estaban informando a algunos hombres en la puerta de lo que había sido una sala de recepciones. Consideraba a los veots como una salvaguardia y esperaba que volvieran, pero no lo hicieron. Uno de los hombres jóvenes mantenía su brazo retorcido contra su espalda. Un hombre robusto avanzó hacia él, mirándole fijamente.

-¿Tú eres el alienígena llamado Vieja Música?

-Soy hainish, y utilizo ese nombre aquí.

-Señor Vieja Música, tienes que comprender que abandonando tu embajada en clara violación del acuerdo de protección entre tu embajador y el gobierno de Voe Deo, has invalidado tu inmunidad diplomática. Puedes ser retenido en custodia, interrogado, y castigado convenientemente por cualquier infracción de la ley civil o crímenes de colusión con insurgentes y enemigos del Estado que se pruebe que hayas cometido.

-Comprendo que ésta es vuestra afirmación de mi posición -dijo Esdan-. Pero deberías saber, señor, que el embajador y los estables del Ecumen de los Mundos me consideran protegido tanto por la inmunidad diplomática como por las leyes del Ecumen.

Valía la pena intentarlo, pero sus mundanas mentiras no fueron escuchadas. Tras recitar su letanía, el hombre se dio la vuelta, y los hombres jóvenes sujetaron de nuevo a Esdan. Fue arrastrado a través de puertas y corredores que ahora apenas podía ver, bajando escaleras de piedra, a través de un amplio patio adoquinado, y a una habitación donde, con una última y agónica sacudida a su brazo y una zancadilla a sus pies, fue arrojado de bruces al suelo antes de cerrar la puerta y dejarle tendido boca abajo sobre las piedras en la oscuridad.

Apoyó la frente contra su brazo y permaneció allí tendido temblando, escuchando su respiración intentar contener una y otra vez los sollozos.

Más tarde recordaría aquella noche, y otras cosas de los siguientes días y noches. No supo, entonces o luego, si fue torturado a fin de romper su voluntad o fue simplemente el objeto a mano para la pura brutalidad y el rencor, una especie de juguete para los

muchachos. Hubo patadas, golpes, una gran cantidad de dolor, pero nada de aquello quedó claro en su memoria excepto la prietajaula.

Había oído hablar de aquellas cosas, había leído sobre ellas. Nunca había visto ninguna. Nunca había estado dentro de un recinto. Los extranjeros, los visitantes, no eran llevados a los recintos de los esclavos en las haciendas de Voe Deo. Eran servidos por esclavos de la casa en las casas de los propietarios.

Éste era un recinto pequeño, no más de veinte chozas en el lado de las mujeres, tres viviendas comunales en el lado de la puerta. Había albergado a un par de cientos de esclavos que se ocupaban de la casa y de los inmensos jardines de Paramera. Eran privilegiados comparados con los esclavos de los campos. Pero no estaban exentos del castigo. El poste de los azotes aún se alzaba cerca de la alta puerta que colgaba abierta en la alta pared.

-¿Aquí? -dijo Nemeo, el que siempre le retorcia el brazo. Pero el otro, Alatural, dijo:

-No, vamos, es por aquí -y avanzó, excitado, para bajar la prietajaula del lugar de donde colgaba debajo de la estación principal de vigilancia, muy arriba en la parte interior de la pared.

Era un tubo de áspera y oxidada malla de acero sellado en un extremo y que se podía cerrar por el otro. Colgaba suspendido por un solo gancho de una cadena. Apoyado en el suelo parecía una trampa para un animal, un animal no muy grande. Los dos hombres jóvenes le despojaron de sus ropas y le hicieron meterse en ella la cabeza por delante, usando los azuzadores, agujones eléctricos con los que activaban a los esclavos perezosos y con los que habían estado jugando durante los últimos dos días. Reían estentóreamente, empujándole y clavándole los agujones en el ano y el escroto. Se deslizó dentro de la jaula hasta que quedó acucillado en ella, con brazos y piernas doblados y encajados contra su cuerpo. Cerraron la puerta, atrapando violentamente su pie desnudo contra la malla y causándole un dolor que le cegó mientras volvían a alzar la jaula. Se agitaba locamente en el aire, y se aferró a la malla con sus crispadas manos. Cuando abrió los ojos vio que el suelo giraba a unos siete u ocho metros por debajo de él. Al cabo de un momento los giros y los bamboleos cesaron. No podía mover la cabeza. Podía ver lo que había debajo de la prietajaula, y tensando los ojos hacia los lados podía ver la mayor parte del interior del recinto.

En los viejos días había habido gente ahí abajo que acudía a contemplar el espectáculo moral, un esclavo en la prietajaula. Había habido niños traídos para que aprendieran la lección de lo que le ocurría a una criada que rehuía hacer un trabajo, a un jardinero que estropeaba una poda, a un obrero que le contestaba a su capataz. Ahora no había nadie allí. El polvoriento suelo estaba desnudo. Las secas parcelas del jardín, el pequeño cementerio en el extremo más alejado de la parte de las mujeres, la zanja entre los dos lados, los senderos, un vago círculo de hierba más verde justo debajo de él, todo estaba desierto. Sus torturadores se quedaron allí durante un rato, riendo y hablando, luego se aburrieron y se fueron.

Intentó relajar su posición pero apenas podía moverse. Cualquier movimiento hacía que la jaula se agitara y balanceara hasta el punto de hacerle sentir vértigo y temer una caída. No sabía lo segura que estaba la jaula colgada de aquel único gancho. Su pie, atrapado en el cierre de la jaula, le dolía tan agudamente que deseaba desvanecerse, pero aunque le daba vueltas la cabeza permaneció consciente. Intentó respirar tal como había aprendido a hacerlo hacia mucho tiempo en otro mundo, suavemente, relajadamente. No podía hacerlo aquí, ahora, en este mundo, en esta jaula. Sus pulmones estaban estrujados de tal modo dentro de su caja torácica que cada respiración era extremadamente difícil. Intentó no sofocarse. Intentó no dejarse vencer por el pánico. Intentó ser consciente, sólo ser consciente, pero la consciencia era insoportable.

Cuando el sol apareció por aquel lado del recinto y brilló plenamente sobre él, el aturdimiento se convirtió en mareo. En algún momento, entonces, se desvaneció durante un tiempo.

Era de noche y hacía frío e intentó imaginar agua, pero no había agua allí.

Más tarde creyó haber estado dos días en la prietajaula. Podía recordar el raspar de la malla contra su piel desnuda quemada por el sol cuando lo sacaron, el shock del agua fría arrojada contra él con una manguera. Entonces estuvo plenamente consciente por unos momentos, consciente de sí mismo, como un muñeco, tendido pequeño, flácido, sobre el polvo, mientras unos hombres encima de él hablaban y gritaban sobre algo. Entonces debió de ser llevado de vuelta a la celda o establo donde era mantenido, porque hubo oscuridad y

silencio, pero también estaba todavía colgando en la prietajaula, asándose en el helado fuego del sol, congelando su ardiente cuerpo, encajado prietamente contra la exacta malla del dolor.

En algún punto fue llevado a una cama en una estancia con una ventana, pero todavía estaba en la prietajaula, balanceándose muy arriba sobre el polvoriento suelo, sobre el círculo de hierba verde.

El zadyo y el hombre robusto estaban allí, no estaban allí. Una esclava, de rostro ceniciento, acucillada y temblando, le hizo daño intentando aplicar un ungüento en sus quemados brazos y piernas y espaldas. Estaba allí y no estaba allí. El sol brillaba a través de la ventana. Sintió la malla atrapar su pie una otra vez.

La oscuridad lo aliviaba. Dormía durante la mayor parte del tiempo. Tras un par de días pudo sentarse y comer lo que la asustada esclava le trajo. Sus quemaduras se estaban curando, y la mayor parte de sus dolores eran más leves. Su pie estaba enormemente hinchado; los huesos estaban rotos; eso no importaba hasta que tuviera que ponerse en pie. Se adormecía, derivaba. Cuando Rayaye entró en la habitación, lo reconoció al instante.

Se habían visto varias veces, antes del Levantamiento. Rayaye había sido ministro de Asuntos Exteriores bajo el presidente Oye. Esdan desconocía el puesto que ocupaba ahora en el gobierno Legítimo. Rayaye era bajo para un wereliano, pero recio y sólido, con un rostro negroazulado de aspecto pulido y pelo gris, un hombre impresionante, un político.

-Ministro Rayaye -dijo Esdan.

-Señor Vieja Música. ¡Qué amable por su parte el que me recuerde! Lamento que haya estado enfermo. Espero que la gente de este lugar le cuide satisfactoriamente.

-Gracias.

-Cuando supe que no estaba usted bien pedí un doctor, pero aquí no hay más que un veterinario. No hay personal especializado. ¡No es como en los viejos días! ¡Qué cambio! Me gustaría que hubiera visto usted Yaramera en toda su gloria.

-Lo hice. -Su voz era débil, pero sonaba natural-. Hace treinta y dos o treinta y tres años. Lord y lady Aneo dieron una fiesta para nuestra embajada.

-¿De veras? Entonces sabe usted lo que era -dijo Rayaye, sentándose en la única silla, una espléndida pieza antigua a la que le faltaba un brazo-. Qué pena verlo todo en este estado, ¿verdad? Lo peor de la destrucción se produjo aquí en la casa. Toda el ala de las mujeres y las grandes estancias ardieron. Pero los jardines se salvaron, alabada sea la Señora. Fueron hechos por el propio Meneya hace cien años, ¿sabe? Y todavía se trabaja en los campos. Me han dicho que todavía hay aquí cerca de trescientos bienes unidos a la propiedad. Cuando termine todo, será mucho más fácil restaurar Yaramera que cualquiera de las otras grandes propiedades. -Miró a través de la ventana-. Hermoso, hermoso. Y la gente de la casa de Aneos era famosa por su belleza, ¿sabe? Y por su entrenamiento. Se necesitará mucho tiempo para lograr de nuevo ese tipo de estándar.

-Sin duda.

El wereliano le miró con suave atención.

-Supongo que se estará preguntando por qué se halla usted aquí.

-No particularmente -dijo Esdan con suavidad.

-¿Oh?

-Puesto que abandoné la embajada sin permiso, supongo que el gobierno deseaba mantener su atención fija en mí.

-Algunos de nosotros nos alegramos al saber que había abandonado la embajada. Encerrado allí..., qué desperdicio de sus talentos.

-Oh, mis talentos -dijo Esdan con un despectivo encogimiento de hombros, que hizo que su hombro le doliera de nuevo. Luego se quejaría. Ahora estaba disfrutando. Le gustaba la esgrima.

-Es usted un hombre de mucho talento, señor Vieja Música. El más hábil, el más astuto de todos los alienígenas en Werel, le llamó en una ocasión lord Mehao. Ha trabajado usted con nosotros, y contra nosotros, sí, más efectivamente que ningún otro representante de otros mundos. Nos comprendemos. Podemos hablar. Creo que quiere usted realmente a mi pueblo, y que si yo le ofreciera una forma de servirle, un modo de terminar de una vez con este terrible conflicto..., usted la aceptaría.

-Me gustaría poder hacerlo.

-¿Es importante para usted ser identificado como sostenedor de uno de los bandos en conflicto, o prefiere permanecer neutral?

-Cualquier acción cuestionará toda posible neutralidad.

-Ser secuestrado de la embajada por los rebeldes no es prueba de su simpatía hacia ellos.

-Eso parece.

-Más bien lo contrario.

-Así sería visto.

-Puede serlo. Si usted quiere.

-Mis preferencias no tienen el menor peso, ministro.

-Tienen mucho peso, señor Vieja Música. Pero ya es suficiente. Ha estado usted enfermo, le estoy cansando. Seguiremos nuestra conversación mañana, ¿de acuerdo? Si usted quiere.

-Por supuesto, ministro -dijo Estdan, con una educación que bordeaba la sumisión, un tono que sabía adecuado con hombres como aquél, más acostumbrado a la atención de los esclavos que a la compañía de sus iguales. Estdan, como la mayoría de su pueblo, que no igualaba mala educación con orgullo, estaba predispuesto a mostrarse educado siempre que las circunstancias lo permitieran, y odiaba las circunstancias que no lo permitían. La mera hipocresía no le preocupaba. Era perfectamente capaz de ella. Si los hombres de Rayaye lo habían torturado y Rayaye fingía ignorar el hecho, Estdan no tenía nada que ganar insistiendo sobre ello.

De hecho, se sentía feliz de no verse obligado a hablar de ello, y esperaba no tener que pensar en ello tampoco. Su cuerpo pensaba en ello por él, lo recordaba con exactitud, en cada una de sus articulaciones y músculos. El resto de su pensamiento sobre ello sería algo que guardaría durante tanto tiempo como viviera. Había aprendido cosas que no sabía. Había creído comprender lo que era sentirse impotente. Ahora se daba cuenta de que no lo había comprendido.

Cuando entró la mujer asustada, le pidió que enviara a buscar al veterinario. -Necesito que me entablillen el pie -dijo.

-Arregla a los trabajadores, los esclavos, amo -susurró la mujer, encogiéndose sobre sí misma. Los bienes hablaban m dialecto de aspecto arcaico que a veces resultaba difícil de seguir.

-¿Puede venir a la casa?

Negó con la cabeza.

-¿Hay alguien aquí que pueda ocuparse de esto?

-Lo preguntaré, amo -susurró la mujer.

Aquella noche acudió una esclava vieja. Tenía un rostro arrugado, curtido, serio, y nada de la actitud temerosa de la otra. Cuando le vio por primera vez, susurró:

-¡Dios altísimo! -Pero hizo una rígida reverencia y luego examinó su hinchado pie, tan impersonal como un médico. Dijo:- Si me dejas venderlo, amo, curará.

-¿Qué hay roto?

-Esos dedos. Aquí. Tal vez un pequeño hueso aquí, también. Hay muchos huesos en el pie.

-Por favor, véndamelo.

Lo hizo, firmemente, empleando tiras y tiras de tela hasta que el grosor del vendaje mantuvo su pie inmóvil formando ángulo. Dijo:

-Si caminas, utiliza un palo, señor. Apoya sólo ese talón en el suelo.

Le preguntó su nombre.

-Gana -dijo la mujer. Mientras pronunciaba su nombre alzó una aguda mirada directamente a él, un auténtico atrevimiento para un esclavo. Probablemente deseaba echarle una buena mirada a sus ojos alienígenas, tras hallar que el resto de él, aunque de un extraño color, era más bien normal, huesos y pies y todo lo demás.

-Gracias, Gana. Te agradezco tu habilidad y tu amabilidad.

Ella asintió con la cabeza pero no la inclinó, y abandonó la habitación. Cojeaba al andar, pero se mantenía erguida.

-Todas las abuelas son rebeldes -le había dicho alguien hacía mucho tiempo, antes del Levantamiento.

Al día siguiente pudo levantarse y cojear hasta la silla que tenía el brazo roto. Se sentó durante un rato y miró por la ventana.

La habitación estaba en un segundo piso y dominaba los jardines de Paramera, laderas en terrazas y lechos de flores, senderos, césped y una serie de lagos y estanques ornamentales que descendían gradualmente hasta el río: un vasto esquema de curvas y

planos, plantas y caminos, tierra y agua inmóvil, todo ello abrazado por la amplia curva viva del río. Todas las parcelas y senderos y tenazas formaban una suave geometría muy sutilmente centrada en un enorme árbol allá abajo a la orilla del río. Debía de ser ya un gran árbol cuando fue plantado el jardín hacia cuatrocientos años. Se alzaba por encima y muy hacia atrás con respecto a la orilla, pero sus ramas se extendían hasta muy por encima del agua, y a su sombra podría haberse establecido muy bien un poblado. La hierba de las terrazas se había secado a un dorado suave. El río y los lagos y estanques mostraban todos el mismo azul brumoso que el cielo del verano. Los lechos de flores y los arbustos estaban desatendidos, sin podar, pero todavía no se habían vuelto silvestres. Los jardines de Yaramera eran absolutamente hermosos en su desolación. Desolados, solitarios, olvidados, todas esas románticas palabras encajaban con ellos, pero también eran racionales y nobles, llenos de paz. Habían sido contruidos por los esclavos. Su dignidad y su paz se fundaban en la crueldad, la miseria y el dolor. Estdan era hainish, de un pueblo muy antiguo, un pueblo que había contruido y destruido Yaramera un millar de veces. Su mente contenía la belleza y el terrible dolor del lugar, le aseguraba que la existencia de uno no podía justificar lo otro, la destrucción de uno no podía destruir lo otro. Era consciente de ambos, sólo consciente.

Y consciente también, sentado finalmente bajo una cierta comodidad corporal, de que las tristes y encantadoras terrazas de Yaramera podían contener en ellas las terrazas de Darranda en Hain, techo bajo rojo techo, jardín bajo verde jardín, descendiendo empinadamente hasta el brillante puerto, con sus paseos y sus muelles y sus barcos de vela. Más allá del puerto se alza el mar, se yergue tan alto como su casa, tan alto como sus ojos. Esi sabe que los libros dicen que el mar descansa. "El mar yace tranquilo esta noche", dice el poema, pero él sabe más que eso. El mar se alza, un muro, un muro grisazulado al final del mundo. Si navegas por él parecerá plano, pero si lo ves realmente, es tan alto como las montañas de Darranda, y si navegas realmente por él, cruzarás ese muro al otro lado, más allá del fin del mundo.

El cielo es el techo que sostiene la pared. Por la noche las estrellas brillan a través del techo de cristal del aire. Puedes navegar hasta ellas, hasta los mundos más allá del mundo.

-Esi -llama alguien desde dentro, y él se vuelve del mar y del cielo, abandona el balcón, acude a recibir a los invitados o a su lección de música, o a comer con la familia. Esi es un muchachito agradable: obediente, alegre, no muy hablador pero sí sociable, interesado en la gente. Con muy buenos modales, por supuesto; después de todo es un Kelwen, y la más vieja generación no aceptaría nada menos que eso en un muchacho de la familia, pero los buenos modales acuden de forma natural a él, quizá porque nunca ha visto malos modales. No es un muchacho soñador. Alerta, despierto, siempre al tanto. Pero pensativo, y dado a explicarse las cosas a sí mismo, como la pared del mar y el techo del aire. Esi no está tan claro y cercano a Estdan como acostumbraba a estarlo; es un muchacho de hace mucho tiempo y de muy lejos, dejado atrás, dejado en casa. Sólo raras veces ve ahora Estdan a través de sus ojos, y respira el maravillosamente intrincado aroma de la casa en Darranda: madera, el resinoso aceite usado para pulir la madera, las esteras de hierba dulce, las flores recién cortadas, las hierbas de la cocina, el viento del mar..., o oír la voz de su madre:

-¿Esi? Ven, amor. ¡Han venido los primos de Dorased!

Esi corre al encuentro de los primos, el viejo Iliawad con sus extravagantes cejas y pelo en sus fosas nasales, que puede hacer magia con trocitos de cinta adhesiva, y la prima Tuitui que es mejor que Esi en el que te pilló aunque es más joven, mientras Estdan se queda dormido en la silla rota junto a la ventana mirando a los terribles y hermosos jardines.

Las futuras conversaciones con Rayaye se vieron diferidas. El zadyo acudió con sus disculpas. El ministro había sido llamado a consulta con el presidente, pero regresaría dentro de tres o cuatro días. Estdan recordó haber oído despegar un volador a primera hora de la mañana, no muy lejos de allí. Era un aplazamiento. Le gustaba la esgrima, pero seguía sintiéndose muy cansado, muy agitado, y agradeció el descanso. Nadie acudió a su habitación excepto la mujer asustada, Heo, y el zadyo que acudía una vez al día para preguntarle si tenía todo lo que necesitaba.

Cuando pudo andar se le permitió abandonar su habitación, salir fuera si lo deseaba. Usando un bastón y atando a su vendado pie una vieja suela de sandalia que le trajo Gana, podía andar, y así salir a los jardines y sentarse al sol, que cada día se volvía más suave a

medida que el verano envejecía. Los dos veots eran sus guardas, o más exactamente sus guardianes. Vio a los dos hombres jóvenes que le habían torturado; se mantenían a distancia, evidentemente con órdenes de no aproximársele. Uno de los veots estaba normalmente a la vista, pero nunca atosigantemente cerca.

No podía ir lejos. A veces se sentía como un insecto en una playa. La parte de la casa que todavía era utilizable era enorme, los jardines vastos, la gente muy poca. Estaban los seis hombres que lo habían traído, y cinco o seis más que ya estaban allí, mandados por el hombre robusto, Tualenem. De la población original de bienes de la casa y la propiedad había diez o doce, un pequeño resto del personal de la casa de cocineros, pinches, lavanderas, doncellas, camareras, sirvientes, limpiapapatos, limpiaventanas, jardineros, rastrillasenderos, camareros, mayordomos, chicos de los recados, mozos de cuadra, conductores, mujeres para todo y chicos para todo que habían servido a los propietarios y a sus huéspedes en los viejos días. Esos pocos ya no eran encerrados por la noche en el viejo recinto para bienes donde estaba la prietajaula, sino que dormían en el conjunto de establos para caballos junto al patio o en el complejo de habitaciones alrededor de las cocinas. La mayoría de esos pocos que quedaban eran mujeres, dos de ellas jóvenes, y dos o tres hombres viejos de aspecto frágil.

Al principio se mostró cauteloso a la hora de hablar con cualquiera de ellos para no crearles dificultades, pero sus captores los ignoraban excepto para darles órdenes, evidentemente considerándolos de confianza, y con razón. Los buscaproblemas, los bienes que habían roto su confinamiento en los recintos, quemado la gran casa, asesinado a capataces y amos, habían desaparecido hacía tiempo: muertos, huidos o reesclavizados con una cruz marcada profundamente a fuego en ambas mejillas. Estos eran buenos elementos. Muy probablemente habían sido leales todo el tiempo. Muchos esclavos, en especial los esclavos personales, tan aterrados por el Levantamiento como sus propietarios, habían intentado defenderles o habían huido con ellos. No eran más traidores que los amos que habían liberado a sus bienes y luchado del lado de la Liberación. Tanto, pero no más.

Jóvenes mujeres del campo eran traídas una a una para ser usadas por los hombres. Cada día o dos los dos hombres jóvenes que lo habían torturado partían con un vehículo de superficie por la mañana con una muchacha usada y regresaban con otra nueva.

De las dos jóvenes esclavas de la casa, una llamada Kamsa siempre llevaba consigo a su bebé, y los hombres la ignoraban. La otra, Heo, era la asustada que lo había atendido. Tualenem la usaba cada noche. Los otros hombres mantenían las manos lejos de ella.

Cuando ellas o cualquiera de los esclavos de la casa pasaban junto a Esdan, dentro o fuera, dejaban caer sus manos a sus costados, inclinaban la cabeza sobre el pecho, bajaban la vista y se quedaban unos instantes inmóviles: la reverencia formal que se esperaba de los bienes personales frente a un amo.

-Buenos días, Kamsa.

Su respuesta era la reverencia.

Habían transcurrido años desde que había estado con el producto final de generaciones de esclavitud, el tipo de esclavo descrito como "perfectamente entrenado, obediente, abnegado, leal, el bien personal ideal" cuando era puesto a la venta. La mayoría de los bienes que había conocido, sus amigos y colegas, habían sido gente alquilada por sus propietarios a compañías y corporaciones para trabajar en fábricas o tiendas o en oficios especializados. También había conocido a muchos campesinos. La gente del campo raras veces tenía ningún contacto con sus propietarios; trabajaban bajo capataces, y sus recintos estaban controlados por bienes eunucos. Los que había conocido eran en su mayor parte fugados protegidos por la Hame, la organización clandestina que ayudaba a escapar a los esclavos, y que luchaban por la independencia en Yeowe. Ninguno de ellos había estado tan totalmente privado de educación, opciones, imaginación de libertad, como lo estaban estos esclavos. Había olvidado la absoluta impenetrabilidad de la persona que no tenía vida privada, la integridad de los absolutamente vulnerables.

El rostro de Kamsa era suave, sereno, y no mostraba ningún sentimiento, aunque a veces la oía hablar y cantar muy suavemente a su bebé, un pequeño sonido alegre. Lo atraía. La vio una tarde sentada ante su trabajo en la albardilla de la gran terraza, con el bebé en su capazo a su espalda. Cojeó hasta ella y se sentó a su lado. No pudo evitar el que dejara su cuchillo y su tabla a un lado y se pusiera en pie con cabeza y manos y ojos bajados en una reverencia cuando se acercó.

-Por favor siéntate, por favor sigue con tu trabajo dijo. Ella obedeció-. ¿Qué estás cortando?

-Dueli, mi amo -susurró ella.

Era una verdura que había comido a menudo y que le gustaba. La observó trabajar. Cada gran vaina leñosa tenía que ser cortada a lo largo de su sellada costura, lo cual no era fácil; se necesitaba una cuidadosa búsqueda del punto de apertura y duros y repetidos giros de la hoja para abrir la vaina. Luego había que retirar las gruesas semillas comestibles una por una y librarlas raspándolas de su filamentosa matriz

-¿Esa parte tiene mal sabor? -preguntó.

-Sí, mi amo.

Era un proceso laborioso, que requería fuerza, habilidad y paciencia. Se sintió avergonzado.

-Nunca había visto dueli en sus vainas antes -dijo.

-No, mi amo.

-Qué hermoso bebé -dijo, un poco al azar. La pequeña criatura en su capazo, con la cabeza apoyada en el hombro de su madre, había abierto unos grandes ojos negroazulados y miraba vagamente al mundo. Nunca lo había oído llorar. Le parecía casi ultraterreno, pero nunca había tenido mucha experiencia con bebés.

Ella sonrió.

-¿Es un chico? -Sí, mi amo.

-Por favor, Kamsa -dijo—, me llamo Esdan. No soy un amo. Soy un prisionero. Tus amos son mis amos. ¿Me llamarás por mi nombre?

Ella no respondió.

-Nuestros amos lo desaprobaban.

Ella asintió. El asentimiento wereliano era una ligera inclinación hacia atrás de la cabeza, no una inclinación hacia delante. Se había acostumbrado enteramente a ello después de todos esos años. Era la forma en que él mismo asentía. Se sorprendió pensando en ello ahora. Su cautividad, su trato allí, lo habían desplazado, desorientado. Aquellos últimos días había pensado más en Hain de lo que lo había hecho durante años, décadas. Había estado como en casa en Werel, y ahora no era así. Comparaciones inapropiadas, recuerdos irrelevantes. Alienado.

-Me pusieron en la jaula -dijo, hablando con voz tan baja como ella y vacilando en la última palabra. Le costó pronunciarla

De nuevo el asentimiento. Ahora, por primera vez, ella alzó la vista hacia él, el parpadeo de una fugaz mirada. Dijo, casi sin sonido:

-Lo sé -y siguió con su trabajo.

Él no halló nada más que decir.

-Yo era pequeña cuando vivía allí -dijo ella, con una mirada en la dirección del recinto donde estaba la jaula. Su murmurante voz estaba profundamente controlada, lo mismo que todos sus gestos y movimientos-. Antes de que la casa ardiera. Cuando los amos vivían aquí. Colgaban la jaula a menudo. Una vez colgaron a un hombre hasta que murió allí. En ella. Yo lo vi.

Silencio entre ellos.

-Nosotros los pequeños nunca íbamos debajo de ella. Nunca íbamos allí.

-Vi que... el suelo era diferente, ahí abajo -lijo Esdan, hablando igual de suave y con la boca seca y el aliento entrecortado-. Lo vi cuando miré hacia abajo. La hierba. Pensé que... allá donde ellos...-su voz se secó por completo.

-Una abuela tomó un palo largo, con una tela en el extremo, y la mojó, y la alzó hasta él. Los vigilantes miraron hacia otro lado. Pero murió. Y se pudrió durante algún tiempo.

-¿Qué había hecho?

-Enna -dijo ella, la palabra que tan a menudo había oído y con la que los bienes expresaban negación: no lo sé, yo no lo hice, yo no estaba allí, no es culpa mía, quién sabe...

Había visto al hijo de un propietario que había dicho "enna" ser abofeteado, no por la taza que había roto sino por usar una palabra esclava.

-Una lección útil -dijo. Sabía que ella lo entendería. Los desvalidos conocen la ironía como conocen el aire y el agua.

-Lo metieron en ella, me temo -dijo ella.

-La lección fue para mí, no para ti, esta vez -dijo él.

Ella siguió trabajando, cuidadosamente, incesantemente. Él la observó trabajar. Su rostro bajado, del color de la arcilla con sombras azuladas, era sereno, pacífico. El bebé tenía la piel más oscura que ella. No había sido criada como esclava, sino para ser usada por un propietario. Los ojos del bebé se cerraron lentamente, unas cortinas azuladas

translúcidas como pequeñas conchas. Era pequeño y delicado, probablemente sólo tendría uno o dos meses. Su cabeza descansaba con infinita paciencia sobre el inclinado hombro de su madre.

No había nadie más fuera en las terrazas. Un ligero viento agitaba los árboles en flor detrás de ellos, estriaba con plata el distante río.

-Tu bebé, Kamsa, ¿sabes?, será libre-dijo Estdan.

Ella alzó la vista, no a él, sino al río y más allá de él.

-Sí -dijo-. Será libre. -Siguió trabajando.

El que le dijera aquello le fortaleció. Le hizo bien saber que ella confiaba en él. Necesitaba que alguien confiara en él, porque desde la jaula no podía confiar en sí mismo. Con Rayaye todo iba bien; todavía podía practicar la esgrima con él; no era ése el problema. Era cuando estaba solo, pensando, durmiendo. Estaba solo la mayor parte del tiempo. Algo en su mente, muy profundo en él, estaba herido, roto, y no había sido curado, no podía confiar en sí mismo para soportar su peso.

Oyó llegar el volador por la mañana. Aquella noche Rayaye le invitó a cenar. Tualenem y los dos veots cenaron con ellos y se disculparon, dejándoles a él y a Rayaye con media botella de vino en la mesa improvisada instalada en una de las menos dañadas estancias de abajo. Había sido una sala de caza o habitación de trofeos, allá en aquella ala de la casa que había sido el azade, el lado de los hombres, donde ninguna mujer entraba nunca; los bienes femeninos, las sirvientas y las mujeres de usar no contaban como mujeres. La cabeza de un enorme perro de jauría mostraba los dientes encima de la chimenea, con su pelaje chamuscado y polvoriento y sus ojos de cristal apagados. En la pared de enfrente había habido montadas barías ballestas. Sus pálidas sombras destacaban más claras en la madera oscura. El candelabro eléctrico parpadeaba débil. El generador no funcionaba bien. Uno de los viejos esclavos siempre estaba trasteando en él.

-Volviendo a esa mujer de usar -dijo Rayaye, haciendo un gesto con la cabeza hacia la puerta que Tualenem acababa de cerrar con asiduos deseos de que el ministro tuviera una buena noche-. Joder con una blanca. Como joder con gente vulgar. Me pone la carne de gallina. Meter su polla en un coño esclavo. Cuando termine la guerra dejará de haber ese tipo de cosas. Los mestizos son la raíz de esta revolución. Mantened las razas separadas. Mantened limpia la sangre gobernante. Esta es la única respuesta.-narro como si esperara un completo acuerdo, pero no esperó a recibir ningún signo de ello. Llenó el vaso de Estdan y continuó con su resonante voz de político, considerado anfitrión, señor de la casa-. Bien, señor Vieja Música, espero que disfrute de una agradable estancia en Yaramera, y que su salud haya mejorado.

Un murmullo educado.

-El presidente Oyo lamentó saber que no estaba usted bien y le envía sus deseos de una completa recuperación. Le alegra saber que está usted a salvo de futuros maltratos por parte de los insurgentes. Puede permanecer aquí en completa seguridad durante tanto tiempo como desee. Sin embargo, cuando llegue el momento, el presidente y su gabinete esperan que acuda usted a Bellen.

Un murmullo educado.

La larga costumbre impedía a Estdan formular preguntas que rebelaran la extensión de su ignorancia. A Rayaye, como a la mayoría de políticos, le encantaba su propia voz, y mientras hablaba Estdan intentó componer un esbozo de la situación actual. Parecía que el gobierno legítimo se había trasladado de la ciudad a un pueblo, Bellen, al nordeste de Paramera, cerca de la costa oriental. En la ciudad había quedado una especie de comando. Las referencias de Rayaye a él hicieron preguntarse a Estdan si la ciudad no sería de hecho semiindependiente del gobierno de Oyo, gobernada por una facción, quizás una facción militar.

Cuando empezó el Levantamiento, Oyo había recibido de inmediato poderes extraordinarios; pero el ejército Legítimo de Voe Deo, tras sus abrumadoras derrotas en el oeste, había permanecido inquieto bajo su mando, deseoso de más autonomía en el campo. El gobierno civil había exigido represalias, ataque y victoria. El ejército deseaba contener la insurrección. El rega-general Aydan había establecido la Divisoria en la ciudad e intentado establecer y mantener una frontera entre el nuevo Estado Libre y las Provincias Legítimas. Los veots que habían instigado el Levantamiento con sus tropas de bienes habían urgido similarmente una tregua fronteriza al Mando de Liberación. El ejército buscaba un armisticio, los guerreros buscaban la paz. Pero "mientras haya un solo esclavo yo no soy libre", exclamó Nekam-Anna, líder del Estado Libre, y el presidente atronó: "¡La nación no

será dividida! ¡Defenderemos la legítima propiedad con la última gota de sangre de nuestras venas!" El rega-general había sido reemplazado repentinamente por un nuevo comandante en jefe. Muy pronto después de eso fue sellada la embajada y cortado todo acceso a la información.

Esdan sólo podía adivinar lo que había ocurrido en el medio año desde entonces. Rayaye hablaba de "nuestras victorias en el sur", como si el Ejército Legítimo hubiera estado en el ataque, empujando hacia atrás al Estado Libre a través del río Deban, al sur de la ciudad. Si era así, si habían recuperado territorio, ¿por qué había salido el gobierno de la ciudad y se había enterrado en Sellen? Las palabras de victoria de Rayaye podían ser traducidas como que el Ejército de la Liberación había estado intentando cruzar el río en el sur y los Legítimos habían tenido éxito en retenerlos. Si estaban dispuestos a llamar a eso una victoria, ¿habían renunciado finalmente al sueño de invertir la revolución, recuperar todo el territorio, y habían decidido cortar sus pérdidas?

-Una nación dividida no es una opción -dijo Rayaye, aplastando aquella esperanza-. Supongo que comprende eso.

Un asentimiento educado.

Rayaye sirvió el resto del vino.

-Pero nuestra meta es la paz. Nuestra meta más urgente e intensa. Nuestro pueblo infeliz ya ha sufrido suficiente.

Un asentimiento definitivo.

-Sé que es usted un hombre de paz, señor Vieja Música. Sabemos que el Ecumen fomenta la armonía entre y dentro de sus estados miembros. La paz es todo lo que deseamos en lo más profundo de nuestros corazones.

Un asentimiento, más una débil indicación interrogativa.

-Como usted sabe, el gobierno de Voe Deo siempre ha tenido el poder de terminar con la insurrección. Los medios para terminar con ella rápida y completamente.

Ninguna respuesta, pero sí una alerta atención.

-Y creo que usted sabe que es sólo nuestro respeto hacia la política del Ecumen, del que mi nación es miembro, lo que nos ha refrenado de usar esos medios. Absolutamente ninguna respuesta de comprensión. -Usted sabe eso, señor Vieja Música.

-Supuse que sentían ustedes un deseo natural de sobrevivir.

Rayaye sacudió la cabeza como molestado por un insecto.

-Desde que nos unimos al Ecumen, e incluso mucho antes de unimos a él, señor Vieja Música, hemos seguido lealmente su política e inclinado la cabeza ante sus teorías. ¡Y así perdimos Yeowe! ¡Y así perdimos el Oeste! Cuatro millones de muertos, señor Vieja Música. Cuatro millones en el primer Levantamiento. Millones desde entonces. Millones. Si lo hubiéramos contenido entonces, hubieran muerto muchos menos. Tanto bienes como propietarios.

-Suicidio -dijo Esdan con voz muy suave, utilizando la forma como hablaban los bienes.

-El pacifista ve todas las armas como malvadas, desastrosas, suicidas. Pese a toda la ancestral sabiduría de su pueblo, señor Vieja Música, no tiene usted la perspectiva de la experiencia en asuntos de guerra que nosotros, los pueblos más jóvenes y toscos, nos vemos obligados a tener. Créame, no somos suicidas. Deseamos que nuestro pueblo, nuestra nación, sobreviva. Estamos decididos a que sea así. La bibe fue plenamente probada, mucho antes de que nos uniéramos al Ecumen. Es controlable, orientable, contenible. Es un arma exacta, un instrumento de guerra preciso. El rumor y el miedo han exagerado locamente sus capacidades y su naturaleza. Sabemos cómo usarla, cómo limitar sus efectos. Nada excepto la respuesta de los estables a través de su embajador nos impidió su despliegue selectivo el primer verano de la insurrección.

-Tuve la impresión de que el alto mando del ejército de Voe Deo se oponía también al despliegue de esa arma.

-Algunos generales se oponían. Muchos veots son de pensamiento rígido, como usted sabe muy bien.

-¿Esa decisión ha cambiado?

-El presidente Oyo ha autorizado el despliegue de la bibe contra las fuerzas que se concentran para invadir esta provincia desde el oeste.

Qué palabra tan hábil, "bibe". Esdan cerró por un momento los ojos.

-La destrucción será abrumadora -dijo Rayaye.

Un asentimiento.

-Es posible -dijo Rayaye, inclinándose hacia delante, unos ojos negros en un rostro negro, intenso como un gato en plena caza- que si los insurgentes fueran advertidos, podrían retirarse. Estamos dispuestos a discutir condiciones. Si se retiran, no atacaremos. Si están dispuestos a hablar, nosotros hablaremos. Puede evitarse un holocausto. Ellos respetan el Ecumen. Le respetan personalmente a usted, señor Vieja Música. Confían en usted. Si les hablara por la red, o si sus líderes aceptaran un encuentro, le escucharían, no como su enemigo, su opresor, sino como la voz de una neutralidad benévola amante de la paz, la voz de la sabiduría, animándoles a salvarse mientras aún hay tiempo. Esta es la oportunidad que le ofrezco, a usted y al Ecumen. Salvar la vida de sus amigos entre los rebeldes, ahorrarle a este mundo sufrimientos innumbrables. Abrir el camino a una paz duradera.

-No estoy autorizado a hablar por el Ecumen. El embajador...

-No lo hará. No puede. No tiene libertad para hacerlo. Usted sí. Usted es un agente libre, señor Vieja Música. Su posición en Werel es única. Ambos bandos le respetan. Confían en usted. Y su voz lleva infinitamente más peso entre los blancos que la de él. Vino apenas un año antes de la insurrección. Usted es, me atrevería a decir, uno de nosotros.

-No soy uno de ustedes. Ni poseo ni soy poseído. Deberán redefinirse ustedes si quieren incluirme.

Por un momento Rayaye no tuvo nada que decir. Fue tomado por sorpresa, y eso evidentemente lo puso furioso. ¡Estúpido, se dijo Estdan, viejo estúpido, subirse a las alturas morales! Pero no sabía en qué terreno quedarse.

Era cierto que su palabra podía tener más peso que la del embajador. Nada más de lo que había dicho Rayaye tenía sentido. Si el presidente Oyo deseaba la bendición del Ecumen sobre el uso de su arma y pensaba realmente que Estdan podía proporcionárselo, ¿por qué actuaba a través de Rayaye, y mantenía a Estdan oculto en Yaramera? ¿Estaba Rayaye trabajando con Oye, o trabajaba para una facción que se inclinaba por el uso de la bibo, mientras Oye todavía se negaba?

Lo más probable era que todo el asunto fuese un farol. No había ningún arma. La súplica a Estdan era para darle credibilidad, dejando a Oyo fuera del asunto por si el farol fallaba.

La biobomba, la bibo, había sido una maldición en Voe Deo durante décadas, siglos. Presas de un miedo ante una invasión alienígena después de que el Ecumen contactara con ellos por primera vez hacía casi cuatrocientos años, los werelianos habían puesto todos sus recursos en el desarrollo de la lucha y el armamento espacial. Los científicos que inventaron este dispositivo en particular lo repudiaron, informando a su gobierno que era imposible contenerlo; destruiría toda la vida humana y animal en una enorme área y causaría profundos y permanentes daños genéticos en todo el mundo a medida que se difundía por el agua y la atmósfera. El gobierno nunca usó el arma pero nunca se mostró dispuesto a destruirla, y su existencia había impedido a Werel formar parte del Ecumen como miembro durante todo el tiempo en que se mantuvo el embargo. Voe Deo insistía en que era su garantía contra cualquier invasión extraterrestre y quizá creía que impediría la revolución. Sin embargo, no fue usada cuando su planeta-esclavo Yeowe se rebeló. Luego, después de que el Ecumen levantara el embargo, anunciaron que habían destruido sus reservas. Werel se unió al Ecumen. Voe Deo invitó a que fueran inspeccionados sus almacenes de armas. El embajador declinó educadamente la oferta, citando la política ecuménica de confianza. Ahora la bibo existía de nuevo. ¿Realmente? ¿En la mente de Rayaye? ¿Estaba desesperado? Un fraude, un intento de utilizar el Ecumen para que respaldara una amenaza fantasma que impidiera una invasión: el escenario más probable, pero no era del todo convincente.

-Esta guerra tiene que terminar -dijo Rayaye.

-Estoy de acuerdo.

-Nunca nos rendiremos. Tiene que comprender eso. -Rayaye había abandonado su tono razonable y halagador-. Restableceremos el sagrado orden del mundo -dijo, y ahora era plenamente creíble. Sus ojos, los oscuros ojos werelianos carentes de blanco, eran insondables a la débil luz. Apuró su vino-. Usted cree que luchamos por nuestras propiedades. Por conservar lo que poseemos. Pero le diré que luchamos para defender a nuestra Señora. En esa lucha no hay rendición. Ni compromiso.

-Su Señora es piadosa.

-La Ley es su piedad.

Estdan guardó silencio.

-Mañana debo volver a Bellen -dijo Rayaye tras una pausa, volviendo a su tono magistralmente controlado-. Nuestros planes para avanzar por el frente sur deben ser plenamente coordinados. Cuando regrese, necesitare saber si está dispuesto usted a proporcionarnos la ayuda que le he pedido. Nuestra respuesta dependerá en gran medida de eso. De lo que usted diga. Se sabe que está usted aquí en las Provincias del Este, lo saben los insurgentes, quiero decir, así como nuestra gente..., aunque su localización exacta se mantiene por supuesto oculta por su propia seguridad. Se sabe que es posible que esté preparando usted una declaración sobre un cambio en la actitud del Ecumen con respecto a la forma en que es llevada la guerra civil. Un cambio que puede salvar millones de vidas y traer una justa paz a nuestra tierra. Espero que emplee su tiempo aquí redactándola.

Es un faccionalista, pensó Estdan. No va a ir a Bellen, o si va, no es ahí donde se halla el gobierno de Oyo. Esto es algún plan propio. Alocado. No funcionará. No tiene la bibo. Pero tiene una pistola. Y me disparará.

-Gracias por esta agradable cena, ministro -dijo.

A la mañana siguiente oyó al volador partir al amanecer. Cojeó fuera al sol de la mañana después del desayuno. Uno de sus guardias veots le observó desde una ventana y luego se alejó. En un rincón resguardado justo debajo de la balastrada de la terraza sur, cerca de una plantación de grandes arbustos con enormes flores blancas de dulce aroma, vio a Kamsa y su bebé y a Heo. Se dirigió cojeando hacia ellos. Las distancias en Yaramera, incluso dentro de la casa, eran abrumadoras para un hombre que cojeaba. Cuando finalmente llegó allí dijo:

-Me siento solitario. ¿Puedo sentarme con vosotros?

Las mujeres estaban de pie, por supuesto, haciendo sus reverencias, aunque la reverencia de Kamsa se había vuelto más bien testimonial. Se sentó en un banco curvo sembrado de flores caídas. Ellas se sentaron en el sendero de losas de piedra con el bebé. Habían desnudado el pequeño cuerpo a la suave luz del sol. Era un bebé muy delgado, pensó Estdan. Las articulaciones en los brazos y piernas azul oscuro eran como las uniones en los tallos de las flores, nudos translúcidos. El bebé se movía más de lo que lo había visto moverse nunca, estirando los brazos y volviendo la cabeza como si gozara de la sensación del aire. La cabeza era grande para el cuello, de nuevo como una flor, demasiado grande para un tallo tan delgado. Kamsa hizo oscilar una de las auténticas flores sobre el bebé. Sus oscuros ojos se alzaron hacia ella. Sus párpados y sus cejas eran exquisitamente delicados. La luz del sol brillaba a través de sus dedos. Sonrió. Estdan contuvo el aliento. La sonrisa del bebé a la flor era la belleza de la flor, la belleza del mundo.

-¿Cómo se llama?

-Rekam.

Nieto de Kayme, Kayme el Señor y esclavo, cazador y granjero, guerrero y pacificador.

-Un hermoso nombre. ¿Qué edad tiene?

En el lenguaje que hablaban eso significaba: "¿Cuánto tiempo ha vivido?". La respuesta de Kamsa fue extraña:

-Tanta como su vida -dijo, o eso entendió él de su susurro y su dialecto. Quizá era de mala educación o traía mala suerte preguntar la edad de un niño.

Se echó hacia atrás en el banco.

-Me siento muy viejo -dijo—. No he visto a un bebé desde hace cien años.

Heo permanecía sentada encorvada, de espaldas a él; tuvo la sensación de que deseaba cubrirse los oídos. Se sentía aterrada hacia él, el alienígena. La vida no le había dejado mucho a Heo excepto miedo, supuso. ¿Tendría veinte, veinticinco años? Parecía tener cuarenta. Quizá tuviera diecisiete. Una mujer de usar, mal usada, envejecida rápidamente. Calculó que Kamsa no tendría muchos más de veinte años. Era delgada y en absoluto espectacular, pero había un florecer en ella del que carecía Heo.

-¿El amo tiene hijos? -preguntó Kamsa, alzando su bebé hacia su pecho con un cierto orgullo discreto, tímidamente ostentoso:

-No.

-A *yera yera* -murmuró, otra palabra esclava que él había oído a menudo en los recintos urbanos: Oh pena pena.

-Cómo llegas al centro de las cosas, Kamsa -dijo. Ella le miró y sonrió. Tenía mala dentadura, pero su sonrisa era hermosa. Observó que el bebé no estaba mamando. Reposaba pacíficamente en el hueco del brazo de su madre. Heo seguía tensa y se sobresaltaba cada vez que él hablaba, así que no dijo nada más. Apartó los ojos de ellas, más allá de los arbustos, hacia la maravillosa vista que parecía ordenarse, cada vez que

caminabas o te sentabas, en un perfecto equilibrio: los niveles de las losas de piedra, de hierba pardo grisácea y agua azul, las curvas de los senderos, las masas y líneas de los arbustos, el gran viejo árbol, el brumoso río y su verde orilla del otro lado. Ahora las mujeres empezaron a hablar de nuevo muy suavemente. No escuchó lo que decían. Era consciente de sus voces, consciente de la luz del sol, consciente de la paz.

La vieja Gana llegó caminando pesadamente a través de la terraza superior hacia ellos, dirigió una inclinación de cabeza hacia Esdan, dijo a Kamsa y Heo:

-Choyo os requiere. Dejadme a mí ese bebé.

Kamsa depositó de nuevo el bebé sobre la cálida piedra. Ella y Heo se pusieron en pie y se alejaron, mujeres ligeras y delgadas que se movían con una grácil prisa. La mujer vieja se sentó poco a poco y con gruñidos y muecas en el sendero al lado de Rekam. Inmediatamente lo cubrió con un pliegue de sus pañales, sin dejar de fruncir el ceño y murmurar sobre la locura de su madre. Esdan observó sus cuidadosos movimientos, su gentileza cuando cogió al niño, sosteniendo su pesada cabeza y sus delgados miembros, su ternura al acunarlo, balanceando su propio cuerpo para balancear el del bebé.

Alzó la vista hacia Esdan. Sonrió, y su rostro se frunció en un millar de arrugas.

-Es mi gran regalo-dijo.

-¿Tu nieto? -murmuró él.

El asentimiento hacia atrás. Siguió acunando suavemente. El bebé tenía los ojos cerrados, su cabeza descansaba blanda en el escaso y seco pecho de la mujer.

-Creo que no tardará mucho en morir.

Al cabo de un rato Esdan dijo:

-¿Morir?

El asentimiento. Todavía seguía sonriendo. Acunando muy, muy suavemente.

-Tiene dos años, amo.

-Pensé que había nacido este verano -dijo Esdan en un susurro.

-Vino a estarse un poco de tiempo con nosotras -dijo la vieja mujer. -¿Qué le ocurre?

-Consunción.

Esdan había oído el término.

-¿Avo? -dijo, el nombre por el que la conocía, una infección vírica sistémica común entre los niños werelianos, frecuentemente epidémica en los recintos de bienes de las ciudades.

Ella asintió.

-¡Pero es curable!

La mujer no dijo nada.

El avo era completamente curable. Había médicos. Había medicina. El ave era curable en la ciudad, no en el campo. En la gran casa, no en los recintos de los bienes. En tiempo de paz, no en tiempo de guerra. ¡Estúpido!

Quizás ella sabía que era curable, o tal vez no, era posible que no supiera lo que significaba la palabra. Acunaba al bebé, canturreándole en un susurro, sin prestar atención al estúpido. Pero le había oído, y finalmente le respondió. Sin mirarle, observando el rostro dormido del bebé.

-Yo nací propiedad —dijo—, y mis hijas también. Pero él no. Él es el regalo. Para nosotras. Nadie puede ser su amo. El regalo de sí mismo del Señor Kayme. ¿Quién puede conservar ese regalo?

Esdan inclinó en silencio la cabeza.

Le había dicho a la madre: "Él será libre." Y ella había dicho: "Sí."

Finalmente dijo:

-¿Puedo cogerlo?

La abuela dejó de acunarlo y se mantuvo inmóvil durante unos momentos.

-Sí -dijo al fin. Se levantó y, muy cuidadosamente, transfirió el dormido bebé a los brazos de Esdan.

-Sostiene mi alegría -dijo.

El niño no pesaba nada, tres o cuatro kilos. Era como sujetar una cálida flor, un pequeño animal, un pájaro. Los pañales se arrastraban sobre las piedras. Gana los recogió y los depositó suavemente alrededor del bebé, ocultando su rostro. Tensa y nerviosa, celosa, llena de orgullo, permaneció arrodillada allí. Al cabo de poco tiempo tomó de nuevo al bebé contra su corazón.

-Bien -dijo, y su rostro se ablandó con una expresión de felicidad.

Aquella noche Esdan, dormido en la habitación que miraba por encima de las terrazas de Yaramera, soñó que había perdido una pequeña piedra, redonda y plana, que siempre llevaba consigo en un bolsillo. La piedra era del pueblo. Cuando la mantenía en su mano y la calentaba, era capaz de hablar, de hablar con él. Pero no había hablado con ella desde hacía mucho tiempo. Ahora se dio cuenta de que no la tenía. La había perdido, la había dejado en alguna parte. Pensó que estaba en el sótano de la embajada. Intentó ir al sótano, pero la puerta estaba cerrada, y no pudo hallar la otra puerta.

Despertó. Era primera hora de la mañana. No necesitaba levantarse. Pensaría en qué hacer, qué decir, cuando volviera Rayaye. No pudo. Pensó en el sueño, en la piedra que hablaba. Deseaba haber oído lo que decía. Pensó en el pueblo. La familia del hermano de su padre había vivido en Arkanan Pueblo en las tierras altas del lejano sur. En su adolescencia, cada año en el corazón del invierno septentrional, Esi había volado hasta allí para pasar cuarenta días del verano. Con sus padres al principio, luego solo. Su tío y su tía habían crecido en Darranda y no eran gente del pueblo. Sus hijos sí. Habían crecido en Arkanan y pertenecían enteramente a él. El mayor Suhan, catorce años mayor que Esdan, había nacido con defectos cerebrales y neurales irreparables, y era por él que sus padres se habían instalado en un pueblo. Había un lugar para él allí. Se convirtió en pastor. Iba a las montañas con los yama, animales que los hainish del sur habían traído de O hacia un milenio o así. Cuidaba de los animales. Volvió para vivir en el pueblo sólo un invierno. Esi lo veía raramente, y se alegraba de ello, pues consideraba a Suhan como una figura temible: grande, torpe, maloliente, con una voz fuerte y estrepitosa que balbuceaba palabras incomprensibles. Esi no podía comprender por qué los padres y las hermanas de Suhan lo querían. Creyó que sólo lo fingían. Nadie podía quererle.

Para el Esdan adolescente había otro problema. Su prima Noy, hermana de Suhan, que se había convertido en la jefe de Agua de Arkanan le dijo que no era un problema sino un misterio.

-¿No ves cómo Suhan es nuestro guía? -le dijo-. Míralo. Condujo a mis padres hasta aquí para vivir. Así, mi hermana y yo nacimos aquí. Tú viniste a estarte con nosotros aquí. Así has aprendido a vivir en el pueblo. Ya no serás nunca sólo un hombre de ciudad. Porque Suhan te guió hasta aquí. Nos guió a todos. A las montañas.

-En realidad no nos guió-argumentó el muchacho de catorce años.

-Sí, lo hizo. Seguimos su debilidad. Su imperfección Los fallos nos guían. Mira el agua, Esi. Halla los lugares débiles en la roca, las aberturas, los huecos, las ausencias. Siguiendo el agua llegamos al lugar donde pertenecemos.

Luego se había marchado a arbitrar una disputa sobre los derechos de uso de un sistema de irrigación fuera del pueblo, porque el lado oriental de las montañas era una región muy seca, y la gente de Arkanan era disputadora, aunque hospitalaria, y la Jefe del Agua siempre estaba atareada.

Pero la condición de Suhan había sido irreparable, sus debilidades inaccesibles incluso a las maravillosas habilidades médicas de Hain. Este bebé se estaba muriendo de una enfermedad que podía ser curada mediante una simple serie de inyecciones. Era un error aceptar su enfermedad, su muerte. Era un error dejar que la vida le fuera arrebatada por las circunstancias, por la mala suerte, por una sociedad injusta, una religión fatalista. Una religión que fomentaba y alentaba la terrible pasividad de los esclavos, que decía a esas mujeres que no hicieran nada, que dejaran que el niño se consumiera y muriera.

Debía interferir, tenía que hacer algo, pero ¿qué podía hacer?

-¿Cuánto tiempo ha vivido?

-Tanto como su vida.

No había nada que pudieran hacer. Ningún lugar donde ir. Nadie a quien recurrir. La cura del avo existía, en algunos lugares, para algunos niños. No en este lugar, no para este niño. Ni la ira ni la esperanza servían para nada. Ni el dolor. Todavía no era tiempo para el dolor. Rekam estaba allí con ellos, y podían regocijarse de su presencia en tanto estuviera allí. Tanto como su vida. *Es mi gran regalo. Sostienes mi alegría.*

Era un extraño lugar para empezar a aprender la calidad de la alegría. El agua es mi guía, pensó. Sus manos todavía sentían lo que habían sentido cuando sujetó al niño, el ligero peso, la breve calidez.

Estaba fuera en la terraza a última hora de la mañana siguiente, aguardando a que Kamsa y al bebé salieran como hacían habitualmente, pero en su jugar acudió el viejo veot.

-Señor Vieja Música, debo pedirte que permanezcas dentro por un tiempo-dijo.

-Zadyo, no voy a escapar corriendo -dijo Estdan, mostrando su aún vendado pie.

-Lo siento, señor.

Cojeó de vuelta al interior tras el veot y fue encerrado en una habitación de abajo, una especie de almacén sin ventanas detrás de las cocinas. Lo habían amueblado con un camastro, una mesa y una silla, un orinal, y una lámpara de batería para cuando fallara el generador, como solía ocurrir la mayor parte de los días.

-¿Esperáis un ataque, entonces? -preguntó cuando vio aquellos preparativos, pero el veot respondió tan sólo cerrando la puerta.

Estdan se sentó en el camastro y meditó, como había aprendido a hacer en Arkanan Pueblo. Limpió inquietud y furia de su mente a través de largas repeticiones: salud y buen trabajo, valor, paciencia, paz para sí mismo, salud y buen trabajo, valor, paciencia, paz para el zadyo..., para Kamsa, para el bebé Rekam, para Rayaye, para Heo, para Taulenem, para el oga, para Nemeo que lo había metido en la prietajaula, para Alatual que lo había metido en la prietajaula, para Gana que había curado su pie y lo había bendecido, para la gente que conocía en la embajada, en la dudad, salud y buen trabajo, valor, paciencia, paz... Fue bien, pero la meditación en sí fue un fracaso. No podía dejar de pensar. Así que pensó. Pensó en lo que podía hacer. No halló nada. Era débil como el agua, impotente como el bebé. Se imaginó hablando en una holored con un guión diciendo que el Ecumen aprobaba relucientemente el uso limitado de armas biológicas a fin de terminar con la guerra civil. Se imaginó a sí mismo en la holored dejando caer el guión y diciendo que el Ecumen nunca aprobaría el uso de armas biológicas por ninguna razón. Ambas imágenes eran fantasías. Los planes de Rayaye eran fantasías. Viendo que su rehén le era inútil, Rayaye le pegaría unos tiros. ¿Cuánto tiempo había vivido? Tanto como sesenta y dos años. Un tiempo mucho más justo del que se le había concedido a Rekam. Su mente volvió hacia atrás.

El zadyo abrió la puerta y le dijo que podía salir.

-¿A qué distancia se halla el Ejército de Liberación, zadyo? -preguntó. No esperaba ninguna respuesta. Salió a la terraza. Era última hora de la tarde. Kamsa estaba allí, sentada con el bebé a su pecho. El pezón estaba en la boca del niño, pero éste no chupaba. Se cubrió el pecho. Su rostro, mientras lo hacía, pareció triste por primera vez.

-¿Está dormido? ¿Puedo cogerlo? -dijo Estdan, sentándose a su lado.

Ella le pasó el pequeño bulto. Su rostro seguía turbado. Estdan creyó que la respiración del niño era más dificultosa, le costaba más respirar. Pero estaba despierto, y alzó la vista al rostro de Estdan con unos grandes ojos. Estdan le hizo unas muecas, distendiendo los labios y parpadeando. Obtuvo una pequeña sonrisa.

-La gente dice que viene un ejército -dijo Karma, con su voz más suave.

-¿El de Liberación?

-Enna. Algún ejército.

-¿Desde el otro lado del río?

-Creo.

-Son bienes..., hombres liberados. Son de tu propia gente. No os harán daño.

-Quizá.

Ella estaba asustada. Su control era perfecto, pero estaba asustada. Había visto el Levantamiento allí. Y las represalias.

-Ocultaos si podéis, si hay bombardeo o lucha-dijo Estdan-. Bajo tierra. Tiene que haber muchos escondites aquí.

Ella pensó y dijo:

-Sí.

Todo era paz en los jardines de Yaramera. Ningún sonido excepto el viento agitando las hojas y el débil zumbido del generador. Incluso las quemadas y rotas ruinas de la casa parecían suavizadas, sin edad. Lo peor ya había ocurrido, decían las ruinas. Para ellas. Quizá no para Kamsa y Heo, Gana y Estdan. Pero no había ningún atisbo de violencia en el aire de verano. El bebé sonreía de nuevo con su vaga sonrisa, acunado en los brazos de Estdan. Pensó en la piedra que había perdido en su sueño.

Por la noche fue encerrado en la habitación sin ventanas. No tenía forma de saber qué hora era cuando fue despertado por un ruido, puesto en pie por una serie de disparos y explosiones, fuego de artillería o bombas de mano. Hubo silencio, luego una segunda serie de bangs y cracs, más débiles. Silencio de nuevo, que se prolongó y prolongó. Luego oyó un volador pasar directamente por encima de la casa como si trazara círculos, sonidos dentro de la casa: un grito, carreras. Encendió la lámpara, se puso los pantalones, con dificultad a causa del pie vendado. Cuando oyó volver al volador y una explosión, saltó hacia la puerta

presa del pánico, sin pensar en nada excepto en que tenía que salir de la trampa mortal de aquella habitación. Siempre había temido el fuego, morir en un incendio. La puerta era de sólida madera, sólidamente encajada en un sólido marco. No tenía ninguna esperanza de forzarla, y lo sabía incluso en medio de su pánico. Gritó una sola vez:

-¡Déjenme salir de aquí! -y luego consiguió controlarse, regresó al camastro, y al cabo de un minuto se sentó en el suelo entre el camastro y la pared, el lugar más seguro que le permitía la habitación, intentando imaginar lo que ocurría fuera. Una incursión de la Liberación y los hombres de Rayaye defendiéndose, intentando hacer que el volador se posara, eso era todo lo que podía imaginar.

Silencio absoluto. Siguió, y siguió.

Su lámpara parpadeó.

Se puso en pie y se dirigió a la puerta.

-¡Déjenme salir!

Ningún sonido.

Un disparo aislado. Voces de nuevo, pies corriendo, gritos, llamadas. Tras otro largo silencio, voces distantes, el sonido de hombres acercándose por el corredor al otro lado de la habitación. Un hombre dijo:

-Mantenedlos fuera de aquí por ahora.

Una voz llana, dura. Vaciló, acumuló fuerzas y gritó:

-¡Soy un prisionero! ¡Aquí dentro!

Una pausa.

-¿Quién hay ahí?

No era la voz que había oído. Era bueno con las voces, con los rostros, con los nombres, con las intenciones.

-Esdardon Aya de la Embajada del Ecumen.

-¡Dios Altísimo! -exclamó la voz.

-¡Sáquenme de aquí, ¿quieren?!

No hubo respuesta, pero la puerta resonó en vano sobre sus masivos goznes, fue golpeada; más voces fuera, más golpes.

-Un hacha -dijo alguien.

-Encontrad la llave -dijo otra voz.

Se marcharon. Esdan aguardó. Luchó repetidamente contra un impulso de echarse a reír, temeroso de caer en la histeria, pero era divertido, estúpidamente divertido, todos los gritos a través de la puerta e ir en busca de hachas y llaves, una farsa en medio de una batalla. ¿Qué batalla?

Lo supo más tarde. Los hombres de la Liberación habían entrado en la casa y matado a los hombres de Rayaye, tras tomarlos a la mayoría por sorpresa. Habían estado aguardando la llegada del volador de Rayaye. Debían de haber tenido contactos entre los campesinos, informadores, guías. Sellado en su habitación, sólo había oído el ruidoso fin de la acción. Cuando fue liberado y pudo salir, estaban arrastrando fuera a los muertos. Vio el horriblemente mutilado cuerpo de uno de los hombres jóvenes, Alatual o Nemeo, hacerse pedazos mientras lo arrastraban, con las ensangrentadas entrañas extendiéndose por el suelo, las piernas abandonadas atrás. El hombre que arrastraba el cadáver se detuvo confuso y se quedó allí sujetando los hombros y el torso.

-Vaya, mierda -dijo, y Esdan se quedó allí jadeando, intentando de nuevo no reír, no vomitar.

-Vamos -dijo el hombre que estaba a su lado, y le siguió.

La luz de primera hora de la mañana entraba oblicua por las rotas ventanas. Esdan no dejaba de mirar a su alrededor, sin ver a nadie de la casa. Los hombres lo llevaron a la habitación con la cabeza de perro de jauría sobre la Chimenea. Había seis o siete hombres reunidos alrededor de la mesa. No llevaban uniformes, aunque algunos tenían el nudo o la cinta amarillos de la Liberación en su gorra o en su manga. Eran ásperos, firmes, duros. Algunos eran oscuros, algunos tenían la piel beige o arcillosa o azulada, todos parecían inquietos y peligrosos. Uno de los que iban con él, un hombre alto y delgado, dijo con la misma dura voz con la que había dicho "¡Dios Altísimo!" desde fuera de la puerta:

-Es él.

-Soy Esdardon Aya, Vieja Música, de la Embajada del Ecumen -dijo de nuevo, con la voz más relajada posible-. Estaba retenido aquí. Les doy las gracias por liberarme.

Varios se le quedaron mirando de la forma en que mira la gente que nunca ha visto un alienígena, deteniéndose en su piel pardo rojiza y sus profundos ojos orlados de blanco y las

sutiles diferencias en la estructura de su cráneo y en sus rasgos. Uno o dos miraron más agresivamente, como para desafiar su afirmación, demostrar que creerían que era quien decía que era cuando lo demostrara. Un hombre recio y de anchos hombros, de piel blanca y pelo castaño, puro polvo, pura sangre de la antigua raza conquistada, miró a Esdan durante largo rato.

-Veremos eso -dijo.

Habló con voz suave, la voz propia de un bien. Puede que se necesitara una generación o más para que aprendieran a alzar sus voces, a hablar libremente.

-¿Cómo supieron que yo estaba aquí? ¿La red de campo?

Así era como llamaban al sistema clandestino de información pasado de boca en boca, de campo a recinto a ciudad y de vuelta de nuevo, mucho antes de que existiera la holored. Los hame habían usado la red de campo y había sido el instrumento principal del Levantamiento.

Un hombre bajo y de piel oscura sonrió y asintió ligeramente, luego congeló su gesto cuando vio que los otros no proporcionaban ninguna información.

-Entonces saben quién me trajo aquí..., Rayaye. No sé para quien actuaba. Les diré todo lo que pueda. -El alivio lo había vuelto estúpido, estaba hablando demasiado, jugando a juegos infantiles ante una serie de hombres duros-. Tengo amigos aquí -continuó con voz más neutral, mirando sus rostros uno a uno, de forma directa pero educada-. Esclavas, gente de la casa. Espero que estén bien.

-Depende -dijo un hombre delgado de pelo gris que parecía muy cansado. -Una mujer con un bebé, Kamsa. Una mujer vieja, Gana.

Un par de ellos agitaron sus cabezas para indicar ignorancia o indiferencia.

La mayoría ni siquiera respondieron. Los miró de nuevo uno a uno, reprimiendo su furia y su irritación ante su pomposidad, su reserva.

-Necesitamos saber qué estaba haciendo usted aquí -dijo el hombre del pelo castaño.

-Un contacto del Ejército de Liberación en la ciudad me llevaba desde la embajada al Mando de Liberación, hará unos quince días. Fuimos interceptados en la Divisoria por hombres de Rayaye. Me trajeron aquí. Pasé algún tiempo en una prietajaula -dijo Esdan con la misma voz neutral-. Me lastimaron el pie, y no puedo andar muy bien. Hablé dos veces con Rayaye. Antes de que diga nada más creo que comprenderán que necesito saber con quién estoy hablando.

El hombre alto y delgado que lo había liberado de la habitación cerrada rodeó la mesa y conferenció brevemente con el hombre de pelo gris. El de pelo castaño escuchó, asintió. El hombre alto y delgado se dirigió a Esdan con su dura y llana voz:

-Somos una misión especial del Ejército de Avanzada de la Liberación del Mundo. Yo soy el mariscal Metoy. -Todos los demás dijeron su nombre. El hombre recio de pelo castaño era el general Banarkamye, el viejo de aspecto canado era el general Tueyo. Dijeron su rango junto con su nombre, pero no lo usaron al dirigirse unos a otros y no le llamaron a él señor. Antes de la Liberación, la gente servil raras veces utilizaba ningún título entre ellos excepto los de parentesco: padre, hermana, tía. Los títulos eran algo que figuraba siempre delante del nombre de los amos: lord, amo, señor, jefe. Evidentemente la Liberación había decidido seguir sin ellos. Le complació encontrar un ejército que no hacía resonar sus tacones y gritaba ¡Señor! Pero no estaba seguro de qué ejército había encontrado.

¿Lo mantuvieron en esa habitación? -preguntó Metoy. Era un hombre extraño, de voz llana y fría, un rostro pálido y frío, pero no era tan nervioso como los otros. Parecía seguro de sí mismo, acostumbrado a estar al mando.

-Me encerraron ahí la última noche. Como si tuvieran alguna especie de advertencia de que iban a producirse problemas. Normalmente tenía una habitación arriba.

-Puede ir allí ahora -dijo Metoy-. Pero permanezca dentro de la casa.

-Lo haré. Gracias de nuevo -les dijo a todos-. Por favor, cuando tengan alguna noticia de Kamsa y Gana... -No esperó a ser despedido, sino que se dio la vuelta y salió.

Uno de los hombres más jóvenes fue con él. Se había presentado como zadyo Tema. Así pues el Ejército de Liberación estaba usando los viejos rangos veots. Esdan sabía que había veots entre ellos, pero Tema no era uno, tenía la piel clara y el acento propio de la ciudad, suave, seco, recortado. Esdan no intentó hablar con él. Tema estaba extremadamente nervioso, alucinado por el trabajo nocturno de matar cara a cara o por alguna otra cosa; había un temblor casi constante en sus hombros, brazos y manos, y su pálido rostro estaba encajado en un doloroso fruncimiento de ceño. No estaba de humor para charlar con un viejo prisionero civil alienígena.

En la guerra todo el mundo es un prisionero, había escrito el historiador Henennemores.

Esdan había dado las gracias a sus nuevos captores por liberarle, pero sabía donde estaba por el momento. Aquello todavía era Yaramera.

Pero sintió un cierto alivio al ver de nuevo su habitación, sentarse en la silla con un solo brazo junto a la ventana para mirar fuera a la primera luz del sol y a las largas sombras de los árboles a través del césped y las terrazas.

Nadie de la casa salió como era su costumbre a sus trabajos o volvió de ellos. Nadie vino a su habitación. Transcurrió la mañana. Hizo los ejercicios del tanhai que pudo realizar con su pie tal como estaba. Se sentó alerta, se adormeció, despertó, intentó mantenerse sentado alerta, se puso inquieto, ansioso, dándole la vuelta a unas palabras: *Una misión especial del Ejército de Avanzada de la Liberación del Mundo*.

El Gobierno Legítimo llamaba al ejército enemigo "fuerzas insurgentes" u "hordas rebeldes" en las holonoticias. Éste había empezado llamándose a sí mismo Ejército de Liberación, nada acerca de la Liberación del Mundo; pero se había visto cortado de todo contacto coherente con los luchadores por la libertad desde el Levantamiento, y cortado de toda información de cualquier tipo desde que fue sellada la embajada, excepto la información procedente de otros mundos a años luz de distancia, por supuesto, esto no había sido interrumpido, el ansible estaba lleno de ella, pero de lo que ocurría a dos calles de distancia nada, ni una palabra. En la embajada se había sentido ignorante, inútil, pasivo. Exactamente como aquí. Desde que empezó la guerra había sido, como había dicho Henennemores, un prisionero. Junto con todo el mundo en Werel. Un prisionero en la causa de la libertad.

Temió poder llegar a aceptar su impotencia, que ésta persuadiera su alma. Debía recordar de qué iba esta guerra. ¡Pero dejemos que la liberación llegue pronto, pensó, llegue para liberarme!

A media tarde el joven zadyo le trajo una bandeja con comida fría, obviamente sobras que había encontrado en la cocina, y una botella de cerveza. Comió y bebió agradecido. Pero resultaba claro que no habían liberado a la gente de la casa. O la habían matado. No podía dejar de pensar en ello.

Después de anochecer el zadyo volvió y lo llevó escaleras abajo a la habitación con la cabeza del perro de jauría. El generador no funcionaba, por supuesto; nada podía mantenerlo en funcionamiento excepto los constantes cuidados del viejo Saka. Los hombres llevaban linternas eléctricas, y en la habitación del perro de jauría un par de grandes lámparas de aceite ardían sobre la mesa, derramando una romántica luz dorada sobre los rostros a su alrededor y arrojando profundas sombras detrás de ellos.

-Siéntese -dijo el general de pelo castaño, Banarkamye (Lee la Biblia podía traducirse su nombre)-. Tenemos algunas preguntas que hacerle. Silencio pero asentimiento educado.

Le preguntaron cómo había salido de la embajada, cuáles hablan sido sus contactos con la Liberación, adónde se dirigía, por qué habla decidido ir, qué ocurrió durante el secuestro, quién lo había traído allí, qué le habían preguntado, qué deseaban de él. Tras decidir durante la tarde que lo mejor sería la sinceridad, respondió directa y brevemente a todas las preguntas hasta la última.

-Personalmente estoy del lado de ustedes en esta guerra -dijo-, pero el Ecumen es necesariamente neutral. Puesto que por el momento soy el único alienígena en Werel libre de hablar, cualquier cosa que diga puede ser empleada, o mal empleada, como procedente de la embajada y de los estables. Ese era mi valor para Rayaye. Puede ser mi valor para ustedes. Pero es un valor falso. No puedo hablar por el Ecumen. No tengo autoridad.

-Deseaban que dijera usted que el Ecumen apoya a los jits -dijo Tueyo, el hombre cansado.

Esdan asintió.

-¿Le hablaron de usar alguna táctica especial, armas? -Ése era Banarkamye, hosco, intentando no poner demasiado peso en la pregunta.

.Prefiero contestar a esa pregunta cuando esté detrás de sus líneas, general, hablando con gente del Mando de Liberación a la que conozca.

-Está hablando usted con el mando del Ejército de Liberación del Mundo. Su negativa a responder puede ser considerada como prueba de complicidad con el enemigo. -Ése era Metoy, locuaz, seco, de voz dura.

-Sé eso, mariscal.

Intercambiaron una mirada. Pese a su abierta amenaza, Metoy era en quien Esdan se sentía más inclinado a confiar. Era sólido. Los otros eran nerviosos, inseguros. Ahora estaba seguro de que eran facciosos. Hasta qué punto era grande su facción, cuál era exactamente su relación con el Mando de Liberación, era algo que sólo podría averiguar a través de lo que a ellos se les escapara.

-Escuche, señor Vieja Música -dijo Tueyo. Los viejos hábitos tardan en morir-. Sabemos que trabajaba usted para la Hame. Ayudó a enviar a gente a Yeowe. Entonces nos respaldó. -Esdan asintió-. Ahora tiene que respaldarlos también. Le estamos hablando francamente. Tenemos información de que los Jits están planeando un contraataque. En estos momentos eso significa que tienen intención de usar la bibo. No puede significar ninguna otra cosa. Eso no puede ocurrir. No puede permitírseles que lo hagan. Tienen que ser detenidos.

-Ha dicho usted que el Ecumen es neutral -dijo Banarkayme-. Eso es una mentira. Hace cien años el Ecumen no permitió que este mundo se le uniera porque teníamos la bibo. La teníamos, no la usamos, pero el hecho de temerla fue suficiente. Ahora dicen que son neutrales. ¡Ahora, cuando importa! ¡Ahora, cuando este mundo forma parte de ellos! Tienen que actuar. Actuar contra esa arma. Tienen que impedir que los jits la utilicen.

-Si los Legítimos la tuvieran, si planearan usarla, y si yo pudiera enviar noticia de ello al Ecumen..., ¿qué podrían hacer ellos?

-Usted hable. Usted dígame al presidente jit: el Ecumen dice alto con eso. El Ecumen enviará naves, enviará tropas. ¡Respáldenlos! ¡Si no está con nosotros, está con ellos!

-General, la nave más cercana está a años luz de distancia. Los Legítimos saben eso.

-Pero usted puede llamarla, tiene el transmisor.

-¿El ansible en la embajada?

-Los jits también tienen uno.

-El ansible en el Ministerio de Asuntos Exteriores fue destruido en el Levantamiento. En el primer ataque contra los edificios del gobierno. Volaron toda la manzana.

-¿Cómo podemos saber eso?

-Sus propias fuerzas lo hicieron. General, ¿cree usted que los Legítimos tienen un enlace ansible con el Ecumen que ustedes no tienen? No es así. Podrían haber tomado la embajada y su ansible, pero haciendo eso hubieran perdido toda la credibilidad que les queda con el Ecumen. ¿Y qué bien les hubiera reportado? El Ecumen no tiene tropas que enviar -y añadió, porque de pronto no estuvo seguro de que Banarkamye lo supiera-, como usted sabe muy bien. Si las tuviera, le tomaría años traerlas hasta aquí. Por esta razón y por muchas otras, el Ecumen no tiene ejército y no lucha en ninguna guerra.

Se sentía profundamente alarmado por su ignorancia, su amateurismo, su miedo. Mantuvo alarma e impaciencia fuera de su voz, hablando con tono suave y adoptando una apariencia despreocupada, como si esperara comprensión y acuerdo. La apariencia misma de ese tipo de confianza a veces es suficiente. Desgraciadamente, por la expresión de sus rostros, les estaba diciendo a los dos generales que estaban equivocados y le estaba diciendo a Metoy que estaba en lo cierto. Estaba tomando partido en un desacuerdo.

-Dejemos esto de lado por el momento -dijo Banarkamye, y volvió al primer interrogatorio, recreando preguntas, pidiendo más detalles, escuchándole inexpresivamente. Salvando la cara. Mostrando que desconfiaba del rehén. Siguió presionando acerca de todo lo que Rayaye había dicho respecto a una invasión o un contraataque en el sur. Esdan repitió varias veces que Rayaye había dicho que el presidente Oyo esperaba una invasión de la Liberación de aquella provincia, río abajo de aquel lugar. Cada vez añadió:

-No tengo la menor idea de si algo de lo que me dijo Rayaye era realmente verdad. -A la cuarta o quinta ronda añadió-: Discúlpeme, general. Debo pedir de nuevo alguna noticia sobre la gente de aquí...

-¿Conocía usted a alguien de este lugar antes de que llegara aquí? -preguntó secamente un hombre joven.

-No. Estoy pidiendo noticias sobre esa gente. Fueron amables conmigo. El bebé de Kamsa está enfermo, necesita cuidados. Me gustaría saber si están siendo atendidos.

Los generales conferenciaban entre sí, sin prestar atención a aquella diversión.

-Todo el mundo que siguió aquí, en un lugar como éste, después del Levantamiento, es un colaborador -dijo el zadyo, Tema.

-¿Dónde se suponía que debían ir? -preguntó Esdan, intentando mantener un tono tranquilo-. Esta no es una región liberada. Los capataces todavía trabajan estos campos con

esclavos. Todavía utilizan la prietajaula aquí. -Su voz tembló un poco con las últimas palabras, y se maldijo por ello.

Banarkamye y Tueyo todavía seguían conferenciando, ignorando su pregunta. Metoy se puso en pie y dijo:

-Ya basta por esta noche. Venga conmigo.

Esdan cojeó detrás de él cruzando la sala, subiendo unas escaleras. El joven zadyo les siguió apresuradamente, a todas luces enviado por Banarkamye.

No se permitían conversaciones privadas. Metoy, sin embargo, se detuvo ante la puerta de la habitación de Esdan y dijo, mirándole fijamente:

-Nos ocuparemos de la gente de la casa.

—Gracias -dijo Esdan cálidamente. Añadió-: Gana atendía mi herida. Necesitaría verla. -Si le deseaban con vida y sin daños visibles, no causaría ningún daño utilizar aquello como palanca. Si no era así, no importaba tampoco.

Durmió poco y mal. Siempre había medrado con la información y la acción. Era agotador ser mantenido en la ignorancia y la impotencia, tullido mental y físicamente. Y estaba hambriento.

Pozo después de amanecer probó la puerta y descubrió que estaba cerrada con llave. Golpeó con los puños y llamó durante un rato antes de que acudiera alguien, un joven de aspecto asustado, probablemente un centinela, y luego Tema, medio dormido y con el ceño fruncido, con la llave de la puerta.

--Quiero ver a Gana -dijo Esdan con voz perentoria-. Ella es la que se ocupa de esto -señaló su pie vendado. Tema cerró la puerta sin decir nada. Al cabo de una hora o así, la llave resonó de nuevo en la cerradura y entró Gana. La seguía Metoy, seguido a su vez por Tema.

Gana se detuvo e hizo la reverencia a Esdan. Éste avanzó rápidamente y apoyó las manos en sus brazos y su mejilla contra la de ella.

-¡El señor Kamye sea alabado, veo que estás bien! -dijo, unas palabras que a menudo le habían dicho a él gente como ella-. Kamsa, el bebé, ¿cómo están?

Ella estaba asustada, temblorosa, el pelo revuelto, los párpados enrojecidos, pero se recuperó muy bien de aquel totalmente inesperado saludo fraternal.

--Están en la cocina ahora, señor -dijo—. Los hombres del ejército dijeron que te dolía el pie.

-Eso es lo que les dije. Quizá puedas vendármelo de nuevo.

Se sentó en la cama, y ella procedió a desenrollar las vendas.

-¿Están bien todos los demás? ¿Heo? ¿Choyo?

Ella agitó la cabeza una vez.

-Lo siento-dijo él. No pudo preguntarle más.

Ella no hizo un trabajo tan bueno como antes vendándole el pie. Tenía poca fuerza en sus manos para apretar las vendas, e hizo el trabajo aprisa, nerviosa por los desconocidos que miraban.

-Espero que Choyo esté de vuelta en la cocina -dijo Esdan, a medias a ella, a media a los demás-. Alguien tendrá que ocuparse de cocinar aquí.

-Sí, señor -susurró ella.

¡No señor, no amol!, sintió deseos de advertirle, temiendo por ella. Alzó la vista a Metoy, intentando juzgar su actitud, y le fue imposible.

Gana terminó su trabajo. Metoy la despidió con una palabra y envió al zadyo tras ella. Gana se marchó de buen grado, Tema se resistió.

-El general Banarkamye... -empezó a decir. Metoy le miró fijamente. El joven dudó, frunció el ceño, obedeció.

-Me ocuparé de esa gente -dijo Metoy-. Siempre lo hago. Fui jefe de un recinto. -Miró a Esdan con sus fríos ojos negros-. Soy un liberado. No quedan muchos como yo en estos días.

Al cabo de un momento Esdan dijo:

-Gracias, Metoy. Necesitan ayuda. No comprenden.

Metoy asintió.

-Yo tampoco comprendo -dijo Esdan-. La Liberación, ¿acaso planea invadir? ¿O inventó Rayaye eso como una excusa para hablar de desplegar la bibo? ¿Cree Oyo en ello? ¿Cree usted? ¿Se halla realmente el Ejército de Liberación al otro lado del río? ¿De dónde viene usted? ¿Quién es usted? No espero que me responda.

-No lo haré -dijo el eunuco.

Si era un doble agente, pensó Estdan después de que se fuera, estaba trabajando para el Mando de Liberación. O eso esperaba. Metoy era un hombre que le gustaría tener de su lado.

Pero no sé cuál es mi lado, pensó, mientras volvía a su silla junto a la ventana. La Liberación, por supuesto, sí, pero ¿qué es la Liberación? No un ideal, la libertad de los esclavizados. No ahora. Nunca de nuevo. Desde el Levantamiento, la Liberación es un ejército, un cuerpo político, un gran número de gente y líderes y aspirantes a líderes, con las ambiciones y la codicia cegando las esperanzas y la fuerza, un torpe semigobierno aficionado yendo de la violencia al compromiso, cada vez más complicado, sin llegar a saber nunca de nuevo la hermosa simplicidad del ideal, la idea pura de libertad. Y eso era lo que yo deseaba, por lo que trabajé, todos esos años. Enfangar la noblemente simple estructura de la jerarquía de castas infectándola con la idea de la justicia. Y luego confundiendo la noblemente simple estructura del ideal de igualdad humana intentando hacerlo real. La monolítica mentira se deshila en un millar de verdades incompatibles, y eso es lo que yo deseaba. Pero me siento atrapado en la locura, la estupidez, la brutalidad sin significado de los hechos.

Todos desean utilizarme, pero yo he sobrevivido a mi utilidad, pensó; y el pensamiento lo atravesó como un haz de diáfana luz. No había dejado de pensar que había algo que podía hacer. No lo había.

Era una especie de libertad.

No era sorprendente que él y Metoy se hubieran comprendido el uno al otro sin palabras y de inmediato.

El zadyo Tema acudió a su puerta para conducirlo escaleras abajo. De vuelta a la habitación con el perro de jauría. Todos los líderes eran atraídos a esa habitación, a su hosca masculinidad. Esta vez sólo había cinco de ellos, Metoy, los dos generales, los dos que usaban el rango de rega. Banarkamye los dominaba a todos. Formulaba las preguntas, y era quien daba las órdenes.

-Nos marchamos de aquí mañana -le dijo a Estdan-. Usted vendrá con nosotros. Tendremos acceso a la holored de la Liberación. Usted hablará por nosotros. Les dirá al gobierno de los jit que el Ecumen sabe que están planeando desplegar armas prohibidas, y les advertirá que si lo hacen sufrirán una represalia instantánea y terrible.

Estdan sentía la cabeza ligera por el hambre y la falta de sueño. Permaneció inmóvil allí de pie -no había sido invitado a sentarse- y miró al suelo, con las manos a los costados. Murmuró, de forma apenas audible:

-Sí, amo.

Banarkamye alzó bruscamente la cabeza. Sus ojos llamearon.

-¿Qué ha dicho?

-Enna.

-¿Quién se cree que es?

-Un prisionero de guerra.

-Puede irse.

Estdan se marchó. Tema le siguió, pero no le detuvo ni le dirigió. Se encaminó directamente a la cocina, donde oyó el resonar de cazos, y dijo:

-¡Choyo, por favor, dame algo de comer!

El viejo, asustado y tembloroso, murmuró algo y se disculpó y se inquietó, pero sacó de alguna parte algo de fruta y un poco de pan seco. Estdan se sentó a la mesa de trabajo y lo devoró. Ofreció un poco a Tema, que lo rechazó rígidamente. Estdan se lo comió todo. Cuando hubo terminado cruzó cojeando la cocina hasta una puerta lateral que conducía a la gran terraza. Esperaba ver allí a Kamsa, pero no había nadie de la casa. Se sentó en un banco junto a la balaustrada que miraba al largo estanque reflectante. Tema permaneció de pie cerca, en posición de firmes.

-Dijiste que los esclavos en un lugar como éste, si no se unían al Levantamiento, eran colaboradores -dijo Estdan.

Tema permaneció inmóvil, pero escuchando.

-¿No crees que algunos de ellos pudieron simplemente no haber comprendido lo que pasaba? ¿Y que sigan sin comprenderlo? Éste es un lugar bendito, zadyo. Resulta incluso difícil imaginar la libertad aquí.

El joven se resistió a responder por un tiempo, pero Estdan siguió hablando, intentando establecer algún contacto con él, penetrar en él. De pronto algo que dijo abrió la tapa.

-Las mujeres de usar-dijo Tema-. Jodidas por negros, cada noche. Eso es lo que hacen, joder. Putas de los jits. Llevando sus retoños negros, siamo, siamo. Usted lo dijo, no saben lo que es la libertad. Nunca lo sabrán. No pueden liberar a nadie que deja que un negro la joda. Son sucias. Sucias, jamás podrán volver a quedar limpias. Han recibido semen negro una y otra vez. ¡Semen negro! -Escupió en la terraza y se secó la boca.

Esdan permaneció sentado inmóvil, contemplando la quieta agua del estanque y las terrazas inferiores, el gran árbol, el brumoso río, la lejana orilla Verde del otro lado. Quizá pudiera actuar bien, trabajar bien, tener paciencia, compasión, paz. *¿Para qué he servido nunca? Todo lo que hice. Nunca fue de ninguna utilidad. Paciencia, compasión, paz. Son tu propio pueblo...* Bajó la vista al denso glóbulo del escupitajo sobre la amarilla piedra arenisca de la terraza. Estúpido, dejar a su propio pueblo toda una vida detrás de él e ir a mezclarse con otro mundo. Estúpido, pensar que podrías proporcionarle a alguien la libertad. Para eso estaba la muerte. Para sacarnos de la prietajaula.

Se levantó y cojeó hacia la casa en silencio. El joven le siguió.

Las luces volvieron justo cuando empezaba a ponerse oscuro. Debían de haber dejado que el viejo Saka se ocupara de nuevo del generador. Esdan apagó la luz de la habitación; prefería la penumbra. Estaba tendido en su cama cuando Kamsa llamó a la puerta y entró, llevando una bandeja.

-¡Kamsa! exclamó, luchando por ponerse en pie, y la hubiera abrazado, pero la bandeja se lo impidió-. ¿Rekam está...?

-Con mi madre -murmuró ella.

-¿Está bien?

El asentimiento hacia atrás. Depositó la bandeja sobre la cama, puesto que no había mesa.

—¿Estás bien? Ve con cuidado, Kamsa. Me gustaría poder... Se marchan mañana, dicen. Permanece apartada de su camino si puedes.

-Lo haré. Tu seguridad, señor -dijo con su suave voz. No supo si era una pregunta o un deseo. Hizo un leve gesto y le ofreció una sonrisa. Ella se volvió para marcharse.

-Kamsa, ¿está Heo...?

-Estaba con ése. En su cama.

Tras una pausa él dijo:

-¿Hay algún lugar donde podáis ocultaros? -Temía que los hombres de Banarkamye pudieran ejecutar a aquella gente cuando se marcharan, como "colaboradores" o para ocultar sus propias huellas.

-Tenemos un agujero donde ir, como dijiste-señaló ella.

-Bien. Id allí, si podéis. ¡Desapareced! Permaneced fuera de la vista.

-Resistiré, señor.

Estaba cerrando la puerta tras ella cuando el sonido de un volador acercándose hizo vibrar las ventanas. Ambos se inmovilizaron, ella en la puerta, él cerca de la ventana. Gritos abajo, fuera, hombres corriendo. Había más de un volador, acercándose desde el sudeste.

-¡Apagad las luces! —gritó alguien. Una serie de hombres salían corriendo de los voladores posados en el césped y la terraza. Una serie de luces destellaron en la ventana, el aire vibró con una retumbante explosión.

-Ven conmigo -dijo Kamsa, y tomó su mano y tiró de él fuera de la habitación, pasillo abajo y por una puerta de servicio que él nunca había visto. Cojeó tras ella tan rápido como pudo bajando unos estrechos escalones de piedra, a través de un pasadizo trasero, fuera a los establos. Llegaron al aire libre justo en el momento en que una serie de explosiones lo hacían temblar todo a su alrededor. Se apresuraron a cruzar el patio en medio de un ruido ensordecedor y el agitar del fuego, Kamsa tirando todavía de él con una completa seguridad de hacia dónde se dirigían, y se agachó para entrar en uno de los almacenes al final de los establos. Gana estaba allí junto con uno de los viejos esclavos, abriendo una trampilla en el suelo. Bajaron, Kamsa de un salto, los demás lenta y torpemente, por una escalerilla de madera. Esdan fue el más torpe, aterrizó dolorosamente sobre su pie roto. El viejo fue el último y cerró la trampilla encima de ellos. Gana llevaba una lámpara de batería, pero la encendió sólo brevemente, mostrando un amplio y bajo sótano con el suelo de tierra, un arco que conducía a otra habitación, un montón de cajas de madera, cinco rostros: el bebé despierto, mirando en silencio como siempre desde su capazo colgado del hombro de Gana. Luego oscuridad. Y durante un tiempo silencio.

Tantearon las cajas, bajaron algunas para improvisar asientos al azar en la oscuridad.

Una nueva serie de explosiones, al parecer muy lejos, pero el suelo y la oscuridad se estremecieron. Ellos también se estremecieron.

-O Kamye -susurró alguien.

Esdan se sentó en la tambaleante caja y dejó que la punzada de dolor en su pie se redujera a un ardiente pulsar.

Explosiones: tres, cuatro.

La oscuridad era una sustancia, como agua densa.

-Kamsa -murmuró.

Ella emitió un sonido que la localizó cerca de él.

-Gracias.

-Dijiste esconder, entonces hablamos de este lugar —susurró ella.

El viejo respiraba afanosamente y carraspeaba con frecuencia. La respiración del bebé era audible también, un pequeño sonido irregular, casi un jadeo.

-Dámelo. -Era Gana. Debía haberle pasado el bebé a su madre.

-Ahora no —susurró Kamsa.

El viejo habló de pronto en voz muy alta, sobresaltándolos a todos:

-¡No hay agua aquí!

Kamsa le hizo callar con un siseo y Gana susurró:

-¡No grites, estúpido!

-Es sordo -murmuró Kamsa a Esdan, con un asomo de risa.

Si no tenían agua, su tiempo dentro de aquel escondite estaba limitado; aquella noche, el día siguiente; incluso eso podía ser demasiado largo para una mujer amamantando a un bebé. La mente de Kamsa estaba recorriendo el mismo camino que la de Esdan. Dijo:

-¿Cómo sabremos cuándo podremos salir?

-Probaremos, cuando tengamos que hacerlo.

Hubo un largo silencio. Resultaba difícil aceptar que los ojos de uno no se ajustaban a la oscuridad, que por mucho que uno aguardara no podía ver nada. Hacía frío. Esdan deseó que su camisa fuera más cálida.

-Manténlo caliente -dijo Gana.

-Eso hago -murmuró Kamsa.

-Esos hombres, ¿eran esclavos? -Era Kamsa, susurrándole a Esdan. Estaba muy cerca de él, a su izquierda.

-Sí. Esclavos liberados. Del norte.

-Muchos hombres diferentes han pasado por aquí-dijo ella-, desde que muriera el viejo propietario. Algunos soldados del ejército. Pero no esclavos antes. Le dispararon a Heo. Les dispararon a Vey y al viejo Seneo. Él no murió, pero le dispararon.

-Alguien del recinto del campo debió guiarles, les mostró dónde estaban apostados los guardias. Pero no podían distinguir a los esclavos de los soldados. ¿Dónde estabas tú cuando vinieron?

-Durmiendo, atrás en la cocina. Todos los de la casa. Seis. Ese hombre se plantó allí como un muerto resucitado. Dijo: "¡Tendeos ahí! ¡No mováis ni un pelo!" Eso hicimos. Les oímos disparar y gritar por toda la casa. ¡Oh, Poderoso Señor! ¡Tuve miedo! Luego ya no hubo más disparos, y ese hombre regresó junto a nosotros y nos apuntó con su pistola y nos llevó fuera al viejo recinto de la casa. Allá cerraron la vieja puerta tras nosotros. Como en los viejos días.

-¿Por qué harían eso si también son esclavos? -dijo la voz de Gana en la oscuridad.

-Intentan ser libres -dijo Esdan obedientemente.

-¿Cómo libres? ¿Disparando y matando? ¿Matando a una muchacha en la cama?

-Luchan contra todos los demás, mamá -dijo Kamsa.

-Creí que todo había terminado, hacía tres años -dijo la vieja mujer. Su voz sonó extraña. Estaba llorando-. Pensé que desde entonces había libertad.

-¡Mataron al amo en su cama! -gritó el viejo a todo pulmón, con una voz aguda y penetrante-. ¿Cómo puede hacerse esto?

Hubo un rumor en la oscuridad. Gana estaba sacudiendo al viejo, siseándole que se callara. El hombre exclamó:

-¡Suéltame! -pero se apaciguó, resollando y murmurando.

-Dios Todopoderoso-murmuró Kamsa, con esa risa desesperada en su voz.

La caja se hacía cada vez más incómoda, y Esdan deseaba alzar su dolorido pie al menos al nivel de su cuerpo. Se tendió en el suelo. Estaba frío y era arenoso, desagradable a las manos. No había nada en lo que apoyarse.

-Si pudieras hacer luz por un momento, Gana -dijo—, podríamos encontrar sacos, algo sobre lo que tendemos.

El mundo del sótano destelló de nuevo a la existencia a su alrededor, sorprendente en su intrincada precisión. No hallaron nada que pudieran usar excepto unas tablas. Bajaron varias de ellas al suelo, montando una especie de plataforma, y se subieron a ella mientras Gana apagaba la luz y los sumía de nuevo en la informe oscuridad. Todos tenían frío. Se acurrucaron unos contra otros, lado a lado, espalda contra espalda.

Al cabo de largo tiempo, una hora o más, en la cual el absoluto silencio del sótano no se vio roto por ningún ruido, Gana dijo en un susurro impaciente:

-Creo que todo el mundo ahí arriba está muerto.

-Eso simplificaría las cosas para nosotros -murmuró Estdan.

-Pero nosotros somos los que estamos bajo tierra-dijo Kamsa.

Sus voces despertaron al bebé y se puso a lloriquear, la primera queja que lo oía Estdan. Era un sonido diminuto, ni siquiera un llanto, que alteró su respiración y le hizo jadear.

-Oh, cariño, cariño, tranquilo ahora, tranquilo -murmuró su madre, y Estdan sintió que lo acunaba, apretando al bebé contra ella para mantener su calor. Cantó casi inaudiblemente: *Suna neya, suna na... Sura rena, sura na...* -Un sonido monótono, rítmico, zumbante, ronroneante, que transmitía calor, que transmitía confort.

Debió quedarse adormilado. Estaba tendido encogido sobre las planchas. No tenía ni idea del tiempo que llevaban en el sótano.

He vivido aquí cuarenta años deseando la libertad, le dijo su mente. Ese deseo me trajo aquí. Me llevará fuera de aquí. Resistiré.

Les preguntó a los otros si habían oído algo desde la incursión y el bombardeo, Todos susurraron que no.

Se frotó la cabeza.

-¿Qué piensas, Gana? -quiso saber.

-Creo que el aire frío perjudica al bebé-dijo ella con su voz casi normal, que siempre era baja.

-¿Qué dices? ¿Qué estás diciendo? -gritó el viejo. Kamsa, a su lado, le dio unas palmadas y lo tranquilizó.

-Iré a ver -dijo Gana.

-Iré yo.

-Tienes ese pie -dijo la vieja mujer con tono de disgusto. Gruñó y se apoyó pesadamente en el hombro de Estdan para ponerse en pie-. Ahora estaos quietos. -No encendió la luz, sino que tanteó su camino hasta la escalera y la subió, con un pequeño jadeo a cada peldaño. Empujó y levantó la trampilla. Apareció una cuña de luz. Pudieron ver débilmente el sótano y a los demás y la masa oscura de la cabeza de Gana recortada contra la luz. Permaneció allí largo rato, luego volvió a bajar la trampilla-. Nadie -susurró desde la escalera-. Ningún ruido. Parece como la primera mañana.

-Mejor esperar -dijo Estdan.

La mujer regresó y volvió a ocupar su sitio entre ellos. Al cabo de un tiempo dijo:

-Salimos, hay desconocidos en la casa, soldados de algún otro ejército. ¿Entonces qué?

-¿Puedes llegar hasta el recinto del campo? -sugirió Estdan.

-Es un largo camino.

Al cabo de un rato Estdan dijo:

-No podemos decidir qué hacer hasta que sepamos quién hay ahí arriba. Muy bien. Pero déjame ir a mí, Gana.

-¿Por qué?

-Porque yo sé quiénes son -dijo él, esperando tener razón.

-Y ellos también -dijo Kamsa, con ese pequeño y extraño filo de risa en su voz-. No te engañes.

—Cierto -dijo él.

Se puso trabajosamente en pie, tanteó su camino hasta la escalera y la subió laboriosamente. Soy demasiado viejo para esto, pensó de nuevo. Empujó la trampilla y miró fuera. Escuchó durante largo rato. Finalmente susurró a los de abajo en la oscuridad:

-Volveré tan pronto como pueda -y se arrastró fuera y se puso torpemente en pie. Contuvo la respiración: el aire del lugar era denso con el humo de los incendios. La luz era extraña, opaca. Siguió la pared hasta que pudo mirar fuera desde la puerta del almacén.

Lo que había quedado de la vieja casa había acabado de ser arrasado, desventrado, incendiado, y emanaba todavía un humo hediondo. Ennegrecidos maderos y cristales rotos cubrían el suelo adoquinado. No se movía nada excepto el humo. Un humo amarillo, un humo gris. Y por encima de todo lucía el claro e impoluto azul del amanecer.

Se dirigió a la terraza, cojeando y trastabillando, porque su pie enviaba latigazos de dolor pierna arriba. Al llegar a la balaustrada vio los ennegrecidos restos de los dos voladores. La mitad de la terraza superior era un irregular cráter. Debajo de él los jardines de Yaramera se extendían hermosos y serenos como siempre, nivel bajo nivel, hasta el viejo árbol y el río. Había un hombre tendido cruzado en los escalones que descendían a la terraza inferior; estaba tendido relajadamente, como descansando, los brazos abiertos. No se movía nada excepto el arrastrante humo y los arbustos de blancas flores que asentían al compás del viento.

La sensación de ser observado desde atrás, desde las vacías ventanas de los fragmentos de la casa que aún se mantenían en pie, era intolerable.

-¿Hay alguien ahí? -gritó bruscamente.

Silencio.

Gritó de nuevo, más fuerte.

Hubo una respuesta, una distante llamada, desde la parte delantera de la casa. Cojeó hacia allá por el sendero, al descubierto, sin buscar ocultarse; ¿para qué? Aparecieron unos hombres en la parte delantera de la casa: tres hombres, luego un cuarto..., una mujer. Eran bienes, toscamente vestidos, peones del campo debían de ser, que habían venido desde su recinto.

-Estoy con gente de la casa -dijo, deteniéndose cuando ellos se detuvieron, a diez metros de distancia-. Nos ocultamos en un sótano. ¿Hay alguien más ahí?

-¿Quién eres tú? -preguntó uno de los hombres, acercándose más, mirando, examinando el color equivocado de la piel, el tipo equivocado de ojos.

-Te diré quién soy. ¿Pero es seguro para nosotros salir? Hay gente vieja, un bebé. ¿Se han ido los soldados?

-Están muertos -dijo la mujer, alta, de piel pálida y rostro huesudo. -Encontramos a uno herido -dijo uno de los hombres-. Toda la gente de la casa está muerta. ¿Quién arrojó esas bombas? ¿Qué ejército?

-No sé qué ejército -dijo Esdan-. Por favor, dile a mi gente que pueden subir. Allá atrás, en los establos. Llámale. Diles quién eres. Yo no puedo andar. -Las vendas de su pie se habían soltado, y las fracturas se habían movido, el dolor empezaba a quitarle la respiración. Se sentó en el sendero, jadeante. La cabeza le daba vueltas. Los jardines de Yaramera crecían brillantes y muy pequeños y se alejaban de él, más lejos que su casa.

No perdió por completo la consciencia, pero las cosas estuvieron confusas en su mente durante un buen rato. Había una gran cantidad de gente a su alrededor, y estaban al aire libre, y todo hedía a carne quemada, un olor que aferraba al fondo de su boca y le hacía sentir arcadas. Allí estaba Kamsa, con el pequeño rostro azulado dormido de su bebé al hombro. Allí estaba Gana, diciendo a los demás: "Es nuestro amigo." Un hombre joven con gran del manos habló con él y le hizo algo a su pie, lo vendó de nuevo, muy apretado, causándole un terrible dolor y luego el inicio del alivio.

Estaba tendido de espaldas sobre la hierba. A su lado había un hombre tendido también de espaldas sobre la hierba. Era Metoy, el eunuco. El cuero cabelludo de Metoy estaba ensangrentado, el negro pelo abrasado corto y marrón. La piel color polvo de su rostro era pálida, azulada, como la del bebé. Permanecía tendido inmóvil, parpadeando de tanto en tanto.

El sol brillaba bajo. La gente hablaba, mucha gente, en alguna parte cerca, pero él y Metoy estaban tendidos sobre la hierba, y nadie les molestaba.

-¿Eran de Bellen los voladores, Metoy? -preguntó Esdan.

-Venían del este. -La dura voz de Metoy era débil y ronca-. Supongo que sí. -Al cabo de un momento dijo:- Quieren cruzar el río.

Esdan pensó unos momentos en aquello. Su mente todavía no funcionaba muy bien.

-¿Quién quiere? -dijo finalmente.

-Esa gente. La gente del campo. Los bienes de Yaramera. Quieren ir al encuentro del ejército.

-¿La invasión?

-La liberación.

Esdan se alzó apoyándose sobre los codos. Alzar la cabeza parecía aclararla, y se sentó. Miró a Metoy.

-¿Los descubrirán? -preguntó.

-Si el Señor así lo quiere -dijo el eunuco.

Finalmente Metoy intentó alzarse como Esdan, pero fracasó.

-Recibí el impacto de una bomba -dijo, casi sin aliento-. Algo me golpeó la cabeza. Veo dos por uno.

-Probablemente una concusión. Permanece tendido quieto. No te duermas. ¿Estabas con Banarkamye, u observando?

-Estoy en tu línea de trabajo.

Esdan asintió, el asentimiento con la cabeza hacia atrás.

-Las facciones serán nuestra muerte -dijo débilmente Metoy.

Kamsa acudió y se acucilló al lado de Esdan.

-Dicen que debemos cruzar el río -le dijo con su voz suave-. A donde la gente del ejército nos pondrá a salvo. No lo sé.

-Nadie lo sabe, Kamsa.

-No puedo cruzar un río con Rekam -susurró ella. Su rostro se crispó, sus labios se tensaron, sus cejas descendieron. Lloró, sin lágrimas y en silencio-. El agua es fría.

-Tienen botes, Kamsa. Ellos cuidarán de ti y de Rekam. No te preocupes. Todo irá bien. -Sabía que sus palabras carecían de significado.

-No puedo ir-susurró ella.

-Entonces quédate aquí -dijo Metoy.

-Dicen que otro ejército vendrá aquí.

-Es posible. Lo más probable es que sea el nuestro.

Ella miró a Metoy.

-Tú eres el liberado -dijo-. Con esos otros. -Volvió la vista de nuevo a Esdan-. Mataron a Choyo. Toda la cocina voló en pedazos y ardió. -Ocultó su rostro entre las manos.

Esdan se sentó y tendió los brazos hacia ella, acariciando su hombro y su brazo. Tocó la frágil cabeza del bebe, con su delgado y seco pelo. Gana acudió y se detuvo junto a ellos.

-Todos los peones del campo van a cruzar el río -dijo-. Para ponerse a salvo.

-Estaréis más seguros aquí, donde hay comida y refugio -Metoy hablaba en cortas ráfagas, con los ojos cerrados-, que caminando al encuentro de una invasión.

-No puedo llevarlo, mamá -susurró Kamsa-. Tiene que estar caliente. No puedo, no puedo llevarlo.

Gana se inclinó y miró al rostro del bebé, acariciándolo muy suavemente con un dedo. Su arrugado rostro se crispó como un puño. Se enderezó, pero no erguida como acostumbraba. Permaneció encorvada.

-De acuerdo -dijo—. Nos quedaremos.

Se sentó sobre la hierba al lado de Kamsa. La gente iba de un lado para otro a su alrededor. La mujer que Esdan había visto en la terraza se detuvo junto a Gana y dijo:

-Ven, abuela. Es hora de irse. Los botes están preparados y aguardan.

-Nos quedamos -dijo Gana.

-¿Qué? ¿No puedes dejar esa vieja casa donde trabajabas? -dijo la mujer, burlonamente-. ¡Está completamente quemada, abuela! Ven con nosotros. Tráete a esa chica y su bebé.-Miró a Esdan y a Metoy; una breve mirada. No eran cosa suya-. Vamos -repitió-. Tenemos que irnos.

-Nos quedamos -dijo de nuevo Gana.

-Esa loca gente de la casa -murmuró la mujer; se dio media vuelta, se volvió de nuevo, renunció con un encogimiento de hombros y se fue.

Algunos otros se detuvieron, pero ninguno para más que una pregunta, un momento. Fluían hacia abajo por las terrazas, por los senderos iluminados por el sol al lado de los tranquilos estanques, hacia las casetas de los botes más allá del gran árbol. Al cabo de un tiempo todos se habían ido.

El sol se había vuelto más caliente. Debía de ser cerca del mediodía. Metoy estaba más blanco que nunca, pero se sentó y dijo que podía ver uno y no dos lo mayor parte del tiempo.

-Deberíamos ir a la sombra, Gana-dijo Esdan-. Metoy, ¿puedes levantarte?

Se tambaleaba y arrastraba los pies, pero caminó sin ayuda, y fueron a la sombra del muro del jardín. Gana fue a buscar agua. Kamsa llevaba a Rekam en sus brazos, apretado

contra su pecho, protegiéndolo del sol. No había hablado desde hacía largo rato. Cuando se hubieron acomodado dijo, medio preguntando y mirando a su alrededor:

-Estamos completamente solos aquí.

-Otros se habrán quedado-dijo Metoy-. En los recintos. Aparecerán.

Gana regresó; no tenía recipiente para llevar agua, pero había empapado su pañuelo, y colocó la fría tela mojada en la cabeza de Metoy. Éste se estremeció.

-Cuando puedas caminar mejor, podemos ir al recinto de la casa, liberado -dijo la mujer-. Allí hay lugares donde podemos vivir.

-El recinto de la casa es donde crecí, abuela -dijo él.

Y finalmente, cuando dijo que podía andar, recorrieron vacilantes y cojeantes el camino que Esdan recordaba vagamente, el camino a la prietajaula. Pareció un largo camino. Llegaron al alto muro del recinto y a la puerta abierta de par en par.

Esdan se volvió para contemplar por un momento las ruinas de la gran casa. Gana se detuvo a su lado.

-Rekam murió -dijo ella en voz muy baja.

Esdan contuvo el aliento.

-¿Cuándo?

Ella sacudió la cabeza.

-No lo sé. Quiere conservarlo todavía. Lo conservará hasta que llegue el memento adecuado, luego lo entregará a la tierra. -Miró a través de la puerta abierta a las hileras de cabañas, a los secos sembrados del huerto, al polvoriento suelo-. Hay montones de bebés aquí dentro -dijo-. En ese terreno. Dos de ellos míos. Sus hermanas. -Entró, siguiendo a Kamsa. Esdan aguardó un poco más en la puerta, y luego les siguió para hacer lo que tenía que hacer: cavar una tumba para el niño, aguardar con los otros la Liberación.